

Bianca®

La mujer del siciliano

Carol Marinelli

Quizá fuera despiadado, pero se moría de ganas de estar junto a su esposa… en la cama

Una trágica noche había devuelto a Rico Mancini a la vida de Catherine Masters. Catherine sabía que, tras el bello rostro de Rico, se escondía un hombre frío como el hielo… que se había empeñado ahora en convertirla en su esposa…

Si rechazaba la oferta, Catherine perdería lo que más quería en el mundo. Y si aceptaba, se arriesgaba a entregar su corazón a un hombre incapaz de amarla…



Carol Marinelli

La mujer del siciliano

Bianca - 1569

ePub r1.0
LDS 25.06.18

Capítulo 1

Ellos no habrían sufrido

— Por supuesto que no habrían sufrido —dijo Catherine con amargura y franqueza, despertando un sentimiento de confusión en la enfermera. Pero ella estaba demasiado cansada y demasiado furiosa como para suavizar el golpe—. Mi hermana y su marido siempre se negaron a sufrir. ¿Qué necesidad había de preocuparse cuando podían tomarse un trago? ¿Por qué tendrían que ocuparse de sus problemas cuando siempre había una familia que se los resolviera? —cuestionó Catherine con rabia.

Sabía que la pobre enfermera no tenía ni idea de lo que pasaba y que simplemente estaba tratando de ayudar con sus palabras.

El accidente había ocurrido rápidamente y Janey y Marco habían muerto al instante. Pero esas palabras no le servían de nada. Quizá más adelante, Catherine se dijo a sí misma respirando profundamente e intentando calmarse.

Quizá más adelante, cuando pudiera pensar con claridad, la consolarían. Pero en ese momento, sentada sola y cansada en la fría sala del hospital, no podía encontrar consuelo en nada.

—Lo siento mucho —le dijo la enfermera mientras le daba un sobre. Catherine lo agarró

Con fuerza y pudo sentir el metal en su interior.

—Yo también —respondió ella con menos amargura—. Todos ustedes han sido maravillosos —dijo con un tono de agradecimiento.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

Catherine apenas podía responder y la enfermera la dejó sola. Abrió el sobre y sacó los contenidos. Miró con curiosidad las tres joyas que puso sobre la palma de su mano y evocó los recuerdos

que había en cada una de ellas. Mientras observaba el anillo de diamantes que Janey llevaba y que había pertenecido a su madre, volvió a experimentar lo mismo que había sentido hacía ocho años, después del accidente que había matado a sus padres.

En realidad hacía ocho años y dos meses, para ser precisos.

Hacía exactamente ocho años y dos meses desde aquel día en que le habían devuelto las pertenencias de sus padres junto a mucha más responsabilidad de la que una chica de diecinueve años merecía. La parte fácil había sido tratar con los abogados y con los contables que intentaban desenredar el caos que habían dejado sus padres.

La parte más difícil había sido tratar con una adolescente de dieciséis años, su hermana Janey.

Catherine miraba el anillo fijamente y de repente se encontró observándose en el espejo de su madre, deseando que su pelo, denso, oscuro y rizado fuera tan liso y suave como el de su madre y el de Janey, y que sus ojos marrones fueran tan azules como los de ellas.

Pero había heredado el físico de su padre y también algo de su personalidad.

En realidad, gran parte de ella. Era seria y estudiosa, pero no tan débil como había sido su padre. Él siempre había estado a los pies de su madre, que utilizaba su sonrisa para que John Masters estuviera de acuerdo en todo.

Y Janey había sido igual. Siempre había tenido la certeza de que con su físico podría conseguir todo lo que quisiera. Tenía esa actitud que mantenía a los hombres permanentemente intrigados y tenía la confianza de que siempre había alguien que arreglaría el caos que ella había dejado. Hasta ese momento, eso le había funcionado.

Después Catherine contempló el zafiro que tanto le recordaba a los intensos ojos azules de su hermana. Le producía un agudo dolor, un dolor físico, tener en sus manos el anillo de compromiso que Janey había llevado con tanto orgullo. Había estado segura de que ese anillo supondría el final del desastre financiero en el que se había metido, la salida a los problemas que Catherine había sido incapaz de ayudarla a re—

—Marco es increíble —le había dicho Janey entusiasmada—,

Catherine, deberías ver dónde vive. Está justo en la playa. Y cuando digo la playa, me refiero literalmente a la playa. Cuando sales del patio, ya estás en la arena. Sólo el garaje es tan grande como tu piso.

A Catherine no le podía importar menos el tamaño del garaje de Marco, pero había decidido escuchar la charla emocionada de Janey con la esperanza de que se calmara y de que se le apagara la euforia y así pudiera pensar con más frialdad.

—¿A qué se dedica? —le había preguntado con entusiasmo Catherine intentando ocultar su indiferencia.

—Se divierte —había respondido Janey con un tono desafiante y encogiéndose de hombros—. Su madre murió cuando él era todavía un adolescente. Igual que la nuestra. La única diferencia es que Bella Mancini les dejó algo a sus hijos.

—¡Quieres decir que les dejó dinero! —había exclamado Catherine en tono de advertencia. Su madre, Lily, quizá no había sido la más convencional de las madres, pero su amor por la vida y la pasión que sentía por sus hijas habían dejado un vacío que nunca se podría llenar. Y ninguna herencia habría podido disminuir el dolor que habían sentido al perdería.

Al menos Catherine.

—Déjame de sermones —le había dicho Janey con desprecio—. No quiero volverte a oír cuando dices que el dinero no es importante, ni quiero volver a escuchar que tuviste dos trabajos mientras hacías las prácticas de profesora, pero que no te importaba mientras las dos estuviéramos juntas. Si tus padres no se hubieran olvidado de pagar su seguro de vida, no habrías tenido que trabajar tanto. No habrías tenido que vender la casa familiar y mudarte a ese apartamento tan pequeño.

—No me importó —había insistido Catherine.

—Pues a mí sí. Siempre he odiado ser pobre y no quiero pasar el resto de mi vida, pensando en las facturas que tengo que pagar. Ahora Marco puede cuidar de mí, del mismo modo que su madre cuidó de él. Bella Mancini tenía una empresa constructora y cuando ella murió el negocio pasó a sus hijos.

Catherine se llenó de esperanza al reconocer la empresa de la que hablaba Janey. ¡El imperio Mancini! Ella no leía normalmente las páginas de negocios de los periódicos, pero no era muy difícil

saber lo poderosos que eran los Mancini. Sus construcciones estaban por todas partes y su nombre aparecía encabezando las grandes obras de Melbourne.

A Catherine le pareció que para llevar un negocio así hacía falta mucha energía, mucha inteligencia y, sobre todo, mucha responsabilidad, cosas que Janey necesitaba en un hombre para que él la llevara por el buen camino.

—¿Así que Marco está en el negocio de la construcción? ¿Es parte de la cadena Mancini? —había dicho Catherine intentando ocultar su enorme entusiasmo. Hacía mucho tiempo que había aprendido que cuando a ella le parecía bien una relación de Janey, inmediatamente ella la rechazaba.

—Bueno, en realidad, Marco le vendió su parte de la empresa a su hermano Rico. Cuando cumplió los dieciocho años, Marco quería formar parte del negocio, pero Rico quería aumentar el negocio y estaba dispuesto a trabajar sesenta horas a la semana.

—Eso es lo que se hace, Janey —le había dicho Catherine.

—¿Por qué? ¿Por qué hay que molestarse cuando ya se tiene éxito? Marco ya es rico. No le hace falta trabajar y no trabaja. Es así de simple.

—¿Vive de su herencia? ¿Nunca ha tenido un trabajo?

—Hablas como su hermano. Y yo te voy a decir lo mismo que Marco le dice a Rico. El dinero que se gasta es suyo.

—¿Pero qué tipo de hombre…?

—¿Y tú qué sabes de hombres? ¿Quién eres tú para darme consejos? —le dijo Janey a su hermana con desprecio.

—Soy tu hermana y me preocupo por ti, Janey, te guste o no. Desde que papá y mamá… —continuó Catherine emocionada. No quería remover el pasado, no quería volver a esos recuerdos tan dolorosos, pero sabía que tenía que hablar de ellos en aquellos momentos—. He hecho todo lo que he podido por nosotras. He intentado estar siempre dispuesta para ti. Y ahora te estoy pidiendo que me escuches. Creo que te estás precipitando. Sólo hace dos meses que conoces a Marco. ¿Por qué no te esperas y…?

—Estoy embarazada —había respondido repentinamente Janey.

Aquellas palabras fueron suficientes para que Catherine se quedara paralizada y suficientes para que su discusión cambiara de rumbo totalmente. Pero, a pesar de lo sorprendente de la noticia,

Catherine deliberadamente intentó ocultar su sorpresa. También hizo todo lo posible para no soltarle un sermón a Janey. En ese momento era lo último que necesitaba.

—Pues también estoy contigo, Janey. Esto lo podemos resolver. El hecho de que estés embarazada no significa que te tengas que casar con él. No tienes que hacer nada que no quieras hacer.

—No entiendes nada, ¿verdad? ¿Te crees que ha sido un accidente? —había dicho Janey riendo maliciosamente—. Para ser profesora tienes un poco de dificultad en entender cosas que son muy simples. No pienses ni por un solo segundo que este bebé es un accidente.

—¿Qué quieres decir?

— Vuelvo a repetirte, Catherine, que sé muy bien lo que estoy haciendo. Este bebé no ha sido un accidente.

—Janey, lo siento. No estaba sugiriendo que no quieres a tu bebé. Simplemente nunca pensé que tú… Nunca has mostrado ningún interés en los niños.

—Y no tengo la intención de tenerlo ahora. ¿Cómo te lo tengo que decir, Catherine? Nunca lo he tenido tan bien. Puedo entrar en una tienda y no mirar los precios y puedo ir a los mejores restaurantes. Y si te crees que lo voy a dejar escapar, entonces no me conoces en absoluto. Tal vez Marco me ame y su amor continúe para siempre, pero no estoy preparada para arriesgarme. Este niño es mi seguro de vida —había dicho señalando a su estómago sin la más mínima señal de ternura—. Y si te preocupa mi falta de instinto maternal, no pierdas el tiempo. Marco se puede permitir las mejores niñeras, no tendré que hacer nada. Así que te puedes ahorrar los sermones de hermana mayor y tus aburridos discursos, porque no te necesito Catherine.

Todavía un año más tarde aquellas palabras le hacían daño.

Contempló el anillo de boda de Janey, pero en ese caso los recuerdos no eran exclusivamente de su hermana. Rico, elegante en su traje oscuro, había tardado demasiado en dar los anillos a los novios. En ese momento, Catherine se había dado cuenta de que ella no era la única que había tenido sus dudas sobre aquella boda.

—¿Qué tal está? —le dijo la enfermera interrumpiendo sus dolorosos recuerdos.

—Estoy bien, pero creo que voy a ir a la habitación de Lily a

sentarme un rato con ella —respondió Catherine con un nudo en la garganta al pensar en su sobrina huérfana. Por un momento la invadió un sentimiento de odio, odio por su hermana muerta.

—Dijeron que ya la llamarían. No creo que tarden mucho. Debe estar muerta de cansancio al llevar esto usted sola. Al menos ya hemos localizado a los padres de Marco. Por lo visto están de vacaciones en Estados Unidos.

—Son su padre y su madrastra. Su madre murió hace mucho tiempo —dijo Catherine. No habría esperado que los Mancini lo dejaran todo y aunque sabía que había que organizar muchas cosas, se sintió aliviada de que no hubiera que hacer nada aquella noche.

Aquella noche ya había sido lo bastante dura.

—El caso es que ya hemos contactado con ellos. Por cierto, alguien que se llama Rico va a venir. Ha llamado y ha dicho que lo espere aquí. ¿Está usted bien? —le preguntó la enfermera a Catherine al ver cómo palidecía.

—Estoy bien, es que… —respondió Catherine mientras sentía cómo se le aceleraba el pulso y cómo le temblaban las piernas. La enfermera la guió hasta la silla más cercana.

—Respire hondo, señorita Masters, y baje la cabeza. Así. Simplemente está un poco mareada. Es natural, después de todo lo que ha pasado. No me sorprende que esté usted así, después de este shock. Voy a traerle un poco de agua. Espere aquí.

Catherine asintió y se quedó con la cara envuelta entre sus manos. Se sentía culpable por la amabilidad de la enfermera.

En realidad lo que había sucedido aquel día no había sido un shock.

Era una agonía y le dolía más de lo que podía imaginar, pero el final de aquellas vidas no había sido ninguna sorpresa. La forma en la que Marco y Janey habían vivido, saltándose todas las reglas y estando seguros de que el dinero siempre los protegería, había hecho que aquel final fuera inevitable.

Pero no fue el accidente ni sus consecuencias lo que hizo que Catherine casi se desmayara, aunque sin duda alguna habían contribuido a ello, ni tampoco las largas entrevistas con los trabajadores sociales o el hecho de que no hubiera comido nada desde la hora del desayuno. Todo tuvo que ver con el hecho de volver a ver a Rico. Después de todos esos meses, finalmente iba a

verlo.

—Rico —murmuró Catherine cerrando los ojos y permitiendo que su mente se abandonara a la belleza de la que un día había sido testigo. Los horrores del día se alejaron a medida que el rostro de Rico se convertía en el centro de su mente. Un rostro que siempre había estado con ella por mucho que ella se hubiera negado a recordar y que no había dejado de aparecer en sus sueños.

Él le había hecho reír.

La boda que ella tanto había temido se había convertido en la noche más divertida de su vida. Y todo había sido gracias a Rico.

Fue él el que se había acercado a ella. Catherine estaba sentada, aparentemente indiferente, pero, en realidad, tensa e incómoda en la mesa principal.

Rico, el hombre que había cambiado su mundo completamente.

—Necesito que hables conmigo —le había dicho Rico con una urgencia que había sorprendido a Catherine.

—¿Yo? —había preguntado Catherine sorprendida de que el soltero más apetecible de la boda se acercara a ella—. ¿Por qué?

—Te lo diré en un momento, pero de verdad necesito que hables conmigo. Ya sé que esto es lo último que te debe apetecer ahora, pero necesito que des la impresión de que estás totalmente absorbida por mí.

¡Y ya lo estaba! No era muy difícil prestarle a Rico Mancini toda la atención del mundo y quedarse prendida de aquellos preciosos ojos oscuros. Él había girado su silla y se había puesto frente a ella y había acercado la silla de Catherine a él mientras que la miraba con deseo.

—¿Qué demonios pasa? —había preguntado Catherine intentando ocultar el enorme interés que le provocaba Rico Mancini.

—¿Me creerías si te dijera que la mujer del ministro se me estaba insinuando?

—¿Esther? —había preguntado Catherine con incredulidad, incapaz de creer que aquel parangón de virtudes pudiera insinuarse a alguien. Quizá las mujeres de los ministros no eran inmunes, después de todo.

—No mires —le había ordenado Rico.

—Lo siento —se había disculpado Catherine ruborizada—.

Seguro que has malinterpretado las cosas.

—Eso es lo que me he dicho a mí mismo, eso es lo que me he estado diciendo mientras ella jugueteaba con los botones de mi chaqueta.

—¡No puede ser!

—Y eso no es todo —había dicho con un pequeño escalofrío y Catherine se había empezado a reír—. Si tu hermana hubiera hecho una buena boda católica, nada de esto habría pasado.

—Así es Janey.

—Por supuesto, conseguí escapar. Le dije que tenía que volver con mi novia, así que si no te importa te voy a robar tu tiempo durante un rato.

—No te preocupes —había dicho Catherine sonriendo y aceptando la copa de champán que él le había ofrecido.

Había sido la mejor noche de su vida. Aunque había sido un falso noviazgo, Rico le había hecho sentirse especial, como si hubiera sido la única mujer en la sala.

Mas tarde cuando estaban solos en la habitación del hotel de Rico, aquellos ojos oscuros, pensativos y preocupados se habían suavizado y la habían mirado fijamente mientras sus labios se disponían a besarla. Todavía podía saborear el terciopelo de esos labios, oler el aroma de su perfume y sentir sus cabellos entre sus dedos mientras ella se sumergía en aquel beso y respondía a él de una manera que nunca antes había experimentado. Aquel beso le había despertado unas sensaciones nuevas. Sus pechos se habían apretado contra el de Rico y sus cuerpos se acercaban cada vez más a medida que él desabrochaba los botones de su vestido. Los pequeños botones rosas se le resistían y finalmente rasgó el tul hasta que los hombros de Catherine habían quedado desnudos. El vestido había quedado destrozado, pero a ella no le había importado. Lo había odiado de todas formas y también había odiado a Janey por haberla obligado a ponérselo.

Ella había permanecido allí, curiosamente excitada, mientras la oscura mano retiraba la tela del vestido. El contraste de la oscura piel de Rico con la blancura de sus pechos le había cortado la respiración. Rico hundió su rostro entre sus pechos y ella dejó escapar un gemido de placer al sentir sus labios sobre sus pezones. Sintió cómo le corría la sangre, pero no por sus pechos, sino por sus

partes más íntimas y experimentó su primer orgasmo a medida que las impacientes manos masculinas se introducían en su cálida humedad, respirando aceleradamente mientras le lamía los pechos. Catherine había perdido el control, sorprendida por la facilidad con que su cuerpo había respondido a las caricias de Rico.

El había parecido entender lo emocionada que ella estaba y la había mantenido en sus brazos. Catherine, durante unos instantes, se había sentido segura.

—Tenemos que volver a la fiesta —le había murmurado Rico al oído a medida que el mundo volvía lentamente a la realidad.

Pero ni siquiera el tierno abrazo de Rico fue suficiente para evitar la invasión de la cruel realidad, la ola de vergüenza que le inundó los sentidos. Catherine no se atrevía a mirarlo. No conocía de nada a aquel hombre y allí estaba entre sus brazos, todavía excitada. Los ojos le brillaban y todavía tenía las mejillas sonrojadas.

—Rico, yo…

—No te arrepientas de esto —dijo él como si le estuviera leyendo el pensamiento—. Tú eres preciosa y esto ha sido precioso.

—No debería haber… —había dicho ella mientras todavía sentía la excitación de Rico contra su cuerpo, De repente sintió la necesidad de darle placer a él y tímidamente movió la mano hacia su erección, aterrorizada por su atrevimiento.

—Catherine, no. Debemos volver —dijo él excitado, agarrando la mano de Catherine con fuerza. Ella se ruborizó, temerosa de haberle hecho daño. Estaba segura de que él había podido sentir su inexperiencia—. Somos los padrinos y ésta es la boda de mi hermano y de tu hermana. :

—Pero tú no…

—Ya habrá tiempo para eso más tarde —dijo él con una voz que parecía acariciarla como una suave manta en una noche fría. La idea de la posibilidad de verlo más tarde la satisfizo inmediatamente—. Después de que se vayan los novios yo tengo que ir a Estados Unidos, pero hablaremos antes y quedaremos para vernos otra vez.

Ella había estado recordando aquellas palabras durante toda la noche y las había guardado en su interior como si hubieran sido una joya. La noche que tanto había temido se había convertido en

emocionante.

—Te has cambiado —le había dicho Janey mientras la ayudaba a desabrocharse el vestido de novia. Catherine estaba nerviosa. Pronto volvería a estar en los brazos de Rico—. ¿Ves? Si te sueltas el pelo estás mejor. Por cierto, ¿por qué te has cambiado de vestido?

—El tul no es lo mío —había respondido Catherine.

—Pues yo creo que a Rico le ha gustado. No ha dejado de mirarte en toda la noche. ¿Dónde habéis ido los dos después de los discursos?

—No sé de qué me estás hablando —había respondido Catherine agitada—. Vamos, Janey, vas a perder el avión.

—No te preocupes, me esperará. Cuando tienes un avión privado, no se va sin ti. Tú también podrías tener todo esto si quisieras.

—No seas ridicula.

—Vamos, Catherine, ya te he allanado yo el camino. ¿No sabes lo difícil que me ha sido conseguir convencer a Marco de que no estoy con él sólo por el dinero? ¿De que no soy una simple cazafortunas?

—No quiero hablar de eso, Janey.

—Pero sí que soy una cazafortunas —dijo Janey con una sonrisa maliciosa—. Yo he conseguido casarme con un hombre muy rico. Tú también lo podrías conseguir —añadió Janey soltando una siniestra carcajada mientras su hermana se tapaba los oídos y movía la cabeza con incredulidad—. Vamos, Catherine, confiesa que odias tu trabajo, a esos niños horribles y a ese apartamento inmundo que tienes.

—Janey… —le había contestado Catherine en tono de advertencia. Pero dejó de intentar razonar con su hermana. Janey nunca habría creído que a ella, a pesar de quejarse del sueldo y a veces de los estudiantes, le encantaba su trabajo. En realidad, lo adoraba. Y que su piso, por muy pequeño que fuera, era su hogar.

Las lágrimas volvieron a sus ojos al recordar aquella imagen de su hermana con tanta vida y que contrastaba con la frialdad de su cuerpo inerte que yacía en una habitación cercana. Pero Catherine no quería llorar, no había nadie que le limpiara las lágrimas, no tenía a nadie que la consolara desde que sus padres habían muerto.

Y no había nadie que la consolara esa noche. Su memoria volvió en un momento a la horrible realidad a la que se tenía que enfrentar. Tenía que aceptar aquella realidad.

Janey estaba muerta.

Rico la despreciaba.

Capítulo 2

CATHERINE —al oír esa voz Catherine se quedó quieta y sin respiración mientras agarraba con fuerza las joyas que habían pertenecido a su hermana. Incluso parecía que el corazón había dejado de latir durante un segundo para luego volver a moverse con fuerza a medida que el aroma que había invadido sus sueños durante un año volvía a invadir sus sentidos—. ¿Catherine? —repitió la voz.

Esa vez ella se atrevió a mirar, rezando para que después de un año la pasión de aquellos ojos oscuros se hubiera apagado, para que de alguna manera hubiera sido su imaginación la que se había formado aquella bella imagen. Pero su elegancia seguía siendo la misma y su físico seguía teniendo la misma fuerza.

—Rico…

—He venido en cuanto me he enterado —dijo Rico. Ella no respondió. No podía responder. Su presencia era tan arrebatadora que le impedía hablar—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Desde las cinco dijo ella con voz ronca. Ésas fueron las únicas palabras que pudo pronunciar, pero vio en la mirada de Rico que él le demandaba mucha más información. Se aclaró la garganta sabiendo que él merecía conocer los hechos. Después de todo, se había muerto su hermano. Su noche de pasión no tenía lugar en esa conversación. No era el momento de remover el pasado.

—¿ Qué pasó, Catherine ? —le preguntó Rico con un tono de exigencia.

—Volví del trabajo y la policía estaba en la puerta de mi casa. Ellos me trajeron aquí —dijo ella incapaz de decir nada más en aquel momento.

—¿Te han contado cómo ocurrió? Ya sé que hubo un accidente y

que Janey y Marco están muertos y que Lily está en la parte infantil, pero eso es todo lo que sé —dijo Rico con frustración. Apretaba los puños y se le tensaron los músculos de la cara. Catherine sabía lo difícil que debía ser para un hombre como él, que siempre tenía todo bajo control, no saber nada y darse cuenta de que por una vez no podía hacer nada para arreglar las cosas—. He intentado hablar con los médicos y con la policía, pero todos los que han tratado con el tema directamente no están de servicio. Hablaré con ellos por la mañana, pero ahora espero que tú puedas, decirme, algo

—Desde luego —dijo Catherine decepcionada. Rico le había hablado como si fuera una completa extraña. Y eso es lo que era, una extraña, ni más ni menos. Le costaba trabajo hablar.

—Necesito saber lo que ha pasado, Catherine.

—Estoy intentando contártelo.

—¡Necesito saberlo ahora mismo! —dijo Rico con una brusquedad que la sorprendió—. Siento que hayas tenido que encargarte tú de todo, pero yo no tengo la culpa. Estaba en una reunión y tenía el teléfono apagado. He venido en cuanto me he enterado. He estado atrapado en un atasco, después mi vuelo se ha retrasado y casi me he vuelto loco. ¡Necesito respuestas! Ya sé que ha sido un día muy duro para ti —continuó con más suavidad—, pero ya estoy aquí. Yo me encargaré de todo.

—¿Que te vas a encargar de todo? —exclamó Catherine con una risa incrédula y con su cuerpo temblando de rabia. Aunque sabía que Rico no era culpable de nada, dirigió toda su furia hacia él. ¿Cómo se atrevía a entrar de ese modo y a exigirle respuestas inmediatas? Ella había sido la que lo había hecho todo y la que se había enfrentado a la policía y a los trabajadores sociales. Ella sola había tenido que identificar a los cadáveres—. Ya me he encargado yo de todo, Rico, del mismo modo que hice cuando mis padres murieran. Supongo que ya debería estar acostumbrada a identificar cadáveres y a rellenar formularios. Llevo siete horas en este hospital encargándome de todo, así que no te creas que puedes venir aquí ordenándome que te cuente lo que ha pasado inmediatamente —le dijo ella mirándolo con furia—. Yo no soy un miembro de tu familia, Rico, ni tampoco trabajo para ti. No tienes ningún derecho a exigirme nada. Pero si te sientas y tienes un poco de paciencia, te

contaré todo lo que sé.

Rico tenía la mirada furiosa y por un momento Catherine pensó que descargaría su furia contra ella, pero, de repente, vio cómo sus hombros sucumbían y cómo asentía dócilmente de manera casi imperceptible mientras miraba la habitación como si la hubiera visto por primera vez. Acercó una de las sillas y se sentó junto a Catherine.

—Vine en cuanto pude —dijo finalmente Rico con una actitud inesperadamente emocionada. Se dispuso a escuchar a Catherine.

—Salieron a comer —empezó Catherine—. Se llevaron a Lily porque por lo visto su niñera se había despedido esa misma mañana.

—¿Por qué?

—Yo fui anoche a su casa, Rico

—¿Estuviste en su casa anoche? —dijo él mientras se le acumulaban todas las preguntas que le quería hacer a Catherine. Pero, pacientemente, decidió esperar.

—Tuve una reunión en el colegio. No terminó hasta las nueve y por alguna razón, por alguna razón, yo… —Catherine casi no podía ni hablar por el dolor que le producían aquellas palabras. Pero continuó—. Me pasé por su casa. Pensé que ya no me podía quedar más de brazos cruzados. Janey y Marco podían hacer lo que quisieran, pero si estaba afectando a Lily, yo tenía que hacer algo. El caso es que no estaban en casa, pero decidí esperarlos. Estuve hablando con Jessica. Quería saber si las cosas iban tan mal como yo me temía o si eran imaginaciones mías. Ella estaba deseando contarlo todo. Por lo visto estaba harta de la vida que llevaban, de las fiestas salvajes, del desorden y tampoco ayudaba mucho que siempre se les olvidara pagarla. Se suponía que ésa era su noche libre, pero Janey y Marco habían salido sin decirle nada —continuó Catherine con voz temblorosa.

—Sigue, Catherine —le dijo Rico aparentando tranquilidad, aunque le temblaban las manos.

—Los esperamos las dos. Cuando llegaron fue horrible. Jessica dijo que se iría por la mañana, que en cuanto estuvieran lo suficientemente sobrios como para poder encargarse de Lily, se iría. Ésa es la razón por la que se llevaron a Lily con ellos a comer. Se supone que eso les tendría que haber hecho comportarse de una

manera más responsable.

—Estuvieron bebiendo —dijo Rico.

—No estoy segura de lo que estuvieron haciendo. Según el análisis de sangre, Marco no estaba por encima del límite, pero la policía está investigando si había consumido droga. Estuvieron comiendo hasta las cuatro y el camarero dice que Marco se estaba tambaleando cuando salieron del restaurante. Lo único sensato que hicieron en todo el día fue asegurarse de que Lily estaba bien atada en su asiento del coche antes de arrancar.

—¿Quién conducía?

—Marco.

—¿Hubo alguien más…?

—No, no hubo más heridos. Parece que perdió el control o que se quedó dormido al volante. Traspasaron la valla de seguridad y fueron a parar al otro lado de la carretera. Afortunadamente, no chocaron contra nadie más.

—¿Sufrieron mucho?

—Por lo visto no sufrieron nada…

—Eso nos lo han dejado a nosotros —dijo Rico con dolor mientras apretaba la mano de Catherine con fuerza. Ella sintió un pequeño consuelo al ver que Rico compartía su dolor con ella y durante unos instantes le sirvió como refugio de todos los horrores de aquel día.

—Perdone que los interrumpa —dijo la enfermera que entró de nuevo en la habitación—, pero me voy a tomar un descanso dentro de unos minutos. ¿Quieren que les acompañe al ala infantil? Es un poco complicado.

—No será necesario, gracias —dijo Rico—. Ya he estado yo y he visto a Lily. Le he explicado a la enfermera que la señorita Masters y yo nos vamos a alojar en un hotel cercano y que volveremos aquí a primera hora de la mañana. Gracias —afirmó Rico y la enfermera volvió a marcharse.

—¿Has ido a ver a Lily? —le preguntó Catherine.

—Por supuesto.

—Yo no quiero ir a dormir a un hotel y dejarla aquí —dijo Catherine con firmeza—. No creo que debería estar sola esta noche.

Si se despierta…

—Las enfermeras estarán con ella y si hay algún problema, nosotros estamos a dos minutos. Por eso he reservado en ese hotel.

—Pero aquí estaría a su lado.

—Catherine, nos vendría bien una ducha y dormir algo. Las enfermeras…

—Pero ella necesita…

—¿Qué necesita? —dijo Rico furioso—. No puedes echar de menos lo que no tienes y dudo mucho que esa niña haya visto a su madre alguna vez después de las seis de la tarde. En los seis meses de vida de Lily, ha tenido que conocer a cinco niñeras diferentes, así que estoy seguro de que no le extrañará mucho que una enfermera le dé de comer en mitad de la noche. Tu hermana se encargó de que la niña se acostumbrara a los extraños.

—Quiero estar con ella —dijo Catherine en un tono calmado—. Si tú te quieres ir a un hotel, vete, pero yo no me voy —insistió ella mientras agarraba su bolso y se dirigía hacia la puerta. Pero él la detuvo.

—Bravo —dijo con Rico con sarcasmo—. Si no te conociera mejor, pensaría que realmente sientes pena por tu sobrina.

—Sólo quiero hacer lo mejor por Lily —dijo Catherine confundida por el tono de Rico.

—¡Desde luego! —exclamó él con ironía.

—No sé qué pretendes. Hablaremos por la mañana —dijo Catherine. Fuera lo que fuera lo que quisiera decir Rico, ella no quería escucharlo en ese momento. Estaba exhausta, física y mentalmente exhausta y lo único que la podía mantener en pie era el hecho de estar con Lily.

—Hablaremos ahora —le ordenó él—. Me vas a contar todo lo que ha pasado —dijo él en tono amenazante.

—Ya te lo he contado —respondió ella—. ¿Qué demonios importa cómo ha sucedido, Rico? Están muertos y darle vueltas al mismo tema no va a cambiar nada.

—Pero el hecho de que estén muertos lo cambia todo, Catherine. ¿Por qué no me dijiste que habías hablado con los trabajadores sociales? ¿Por qué no quieres mencionar que les has dicho que te llevarás a Lily a casa cuando salgas de aquí y que estás solicitando tener su custodia?

—Te equivocas —respondió ella a la mirada salvaje de Rico—. No fue así. El hospital necesitaba un nombre, alguien que firmara el consentimiento en el caso de que Lily necesitara una operación.

—Y tú estuviste encantada de proporcionárselo.

—Desde luego, Rico. Aunque no te guste, aunque te gustaría borrarme de tu vida, yo aquí tengo tanto derecho como tú. Yo soy la tía de Lily al igual que tú eres su tío y el hecho de que sus padres hayan muerto nos convierte en sus familiares más cercanos. Tenía todo el derecho para firmar ese formulario. Ahora parece que Lily está fuera de peligro, pero antes no lo sabíamos. Tiene algunos golpes y el doctor pensaba que quizá pudiera tener algún daño interno. ¡Tú no estabas aquí! ¿Qué podía hacer yo?

—De acuerdo. Pero también les dijiste que te llevarías a Lily a casa y que estás preparada para cuidarla.

—Y lo estoy. Ella es mi sobrina y quiero cuidarla. Es mi obligación.

—Eso no es lo que dijiste a los trabajadores sociales.

—Vamos, Rico. Janey ha muerto esta tarde y todavía no puedo asumir lo que ha pasado y mucho menos pensar en planes a largo plazo. Como si supiera lo que voy a hacer…

—No mientas. Ya te imagino rogando entre sollozos a los trabajadores sociales… La cuestión es que Lily desde hoy es inmensamente rica. Te has debido estar frotando las manos mientras los Mancini ni siquiera se molestaban en llegar vivos al hospital.

—¿Cómo te atreves? ¿Cómo puedes acusarme de querer beneficiarme de la muerte de mi hermana?

—Te diré por qué. Porque tú odias tu vida, Catherine, y porque harías lo que fuera por cambiarla.

—Me das asco —dijo ella intentando soltarse—. Déjame, Rico, tengo que ir con mi sobrina.

—Por encima de mi cadáver. Vas a venir conmigo al hotel, Catherine. Esta noche hablaremos.

Capítulo 3

DURANTE el trayecto hacia el hotel permanecieron en silencio. Catherine intentó no precipitarse, aunque tenía muchas cosas que decirle a Rico. Pero tenían que enfrentarse a la situación con tranquilidad y hablar de una manera sensata. El futuro de Lily era muy importante y no podía solucionarse en los pasillos de un hospital ni tampoco en el coche. Ésa había sido la única razón por la que Catherine había accedido a no quedarse con su sobrina.

El elegante coche plateado recorría silenciosamente las calles de la ciudad. Las ventanillas estaban abiertas y Catherine agradeció la fresca brisa que le acariciaba las mejillas y que hacía desaparecer el horrible olor del hospital. Se detuvieron en un semáforo y Catherine vio a una pareja besándose en un portal y cómo los periódicos de la mañana ya estaban llegando a un quiosco. Era difícil entender que la vida seguía con normalidad, difícil de imaginar que en esos mismos periódicos probablemente aparecería la noticia del trágico final de Janey y Marco.

Cuando llegaron al hotel, el portero saludó a Rico muy efusivo.

—Señor Mancini, ¡qué placer tan inesperado! Justamente estaba diciendo que hacía que no lo veíamos… —exclamó calurosamente sin recibir ningún reconocimiento por parte de Rico.

—Me gustaría ir directamente a la habitación —respondió Rico con una frialdad que incluso llegó a avergonzar a Catherine.

—Ya están subiendo sus maletas a la habitación, pero tendrá que esperar un momento…

—No tengo ni un momento —contestó Rico—. La señorita Masters está cansada, yo estoy cansado y me voy a mi habitación —insistió. Se metió en el ascensor con Catherine y dejó al pobre portero fuera.

—Te crees que eres mejor que nadie, ¿verdad? —le dijo Catherine furiosa. Por una vez, Rico no respondió. Se abrieron las puertas del ascensor y llegaron al lujoso ático—. Ni siquiera tenías una habitación reservada y quieres que todo el mundo esté aquí esperándote con todos los honores.

—¿Qué quieres que haga, Catherine? —dijo él mirándola fijamente mientras se servía algo de beber—. Dime cómo esperabas que me portara ahí abajo.

—Podías haber mostrado mejores modales para empezar —respondió Catherine acalorada y aunque la discusión no tenía ningún sentido y aunque estuviera tan alejada de lo que había pasado, ella la prolongó. Quizá aquello sería más fácil que enfrentarse a la verdadera razón por la que ella estaba allí—. El portero sólo estaba intentando ser agradable.

—Le pagan por ser agradable. Le pagan por recordar mi nombre, por recordar que mi hermano y yo venimos aquí a comer y que a veces prefiero quedarme aquí antes que conducir a casa.

—Quizá le paguen por recordar, pero por lo menos podrías ser más educado cuando alguien te saluda.

—Mi hermano está muerto.

—Y también mi hermana, pero yo no lo utilizo como excusa para portarme mal con la gente.

—Si no lo hubiera interrumpido, me habría preguntado por Marco. ¿Querías que se lo contara, Catherine? ¿Querías que le contara a todo el mundo que mí hermano está muerto cuando de todas formas se van a enterar? —preguntó mirando a Catherine con incredulidad. Encendió la televisión y de manera inesperada aparecieron las imágenes del accidente. Después mostraron una foto de la boda de Marco y Janey en el extremo superior de la pantalla. El presentador no dejaba de dar datos sobre el accidente y la pareja y Catherine se tapó los oídos, incapaz de escuchar todo lo que se estaba diciendo.

—¡No puedo escuchar esto! —exclamó ella.

—Dije en el hospital que no dieran sus nombres hasta que nos fuéramos —dijo él y permaneció unos instantes en silencio, pensativo—. Un Mancini ha muerto.

—Dos Mancini —le corrigió Catherine—. Mi hermana también cuenta.

—Tu hermana no cuenta nada —dijo Rico—, pero, tienes razón, técnicamente dos Mancini han muerto. Seguramente el pobre portero que tanto te preocupaba se estará maldiciendo por su falta de sensibilidad o ya estará llamando a la prensa para decirles que estoy aquí.

—¿Para qué querría la prensa hablar contigo?

—¿Eres estúpida, Catherine, o una buena actriz? —dijo Rico haciendo que Catherine se sintiera profundamente herida y humillada.

—No soy estúpida, Rico. Yo leo los periódicos y veo las noticias cuando vuelvo del trabajo y ya sé lo poderosos que sois los Mancini. Sé que la Bolsa sube o baja dependiendo de vuestros beneficios, pero Marco no formaba parte de la empresa familiar, su muerte no va a afectar a los negocios. No sé por qué la prensa se interesa tanto.

—¿Crees que la prensa tiene en cuenta un detalle sin importancia como ése? Marco es rico y tiene una hija…

—«Era» rico —corrigió Catherine. Por un momento pareció vislumbrar una expresión de dolor en los ojos de Rico, pero, de todas formas, continuó—. Y «tenía» una hija.

—Y ésa es la razón por la que te he traído aquí.

—Tú no me has traído aquí. Ha sido elección mía. No soy estúpida, Rico, pero quizá haya sido un poco ingenua. Puede que el mundo no se pare con las muertes de Marco y Janey, pero se va a detener durante unos días para que podamos reflexionar. Y ya puedo ver que el futuro de Lily se va a debatir desde muchos puntos de vista. Pero me da igual lo que digan los periódicos, porque al final todo el mundo va a continuar con sus vidas. Nosotros somos los que de verdad vamos a vivir esto.

—A mí también me da igual lo que digan los periódicos, pero no será sólo la prensa la que tenga algo que decir. Mi madrastra no te va a dejar tener a Lily.

—¿Cómo?

—Te puedo decir desde ahora mismo que ella no va a permitir que eso ocurra. Ella no va a permitir que la herencia de Lily salga de la familia.

—Pero, ¿por qué? Ella no necesita el dinero.

—Para ella el dinero nunca es suficiente y no va a abandonar la

lucha. Además es la mujer más fría del mundo. Ella es la razón por la que Marco se descarriló y empezó a beber.

—Eso es una excusa —dijo Catherine—. Yo siempre tenía la misma discusión con Janey cuando ella intentaba culpar a nuestros padres de sus propios errores. Tú has tenido la misma familia que Marco, la misma presión y, sin embargo, tú mantienes tu trabajo. Tal vez Marco no tuviera tanta atención por parte de vuestra madrastra, pero tenía muchas más oportunidades en la vida que la mayoría de la gente. No le haces ningún favor culpando a vuestra madrastra.

—Quizá, pero las cosas no son nunca blanco o negro. La gente es diferente. Yo soy más fuerte que Marco —dijo Rico sin un tono de superioridad. Esa vez Catherine decidió no recordarle que Marco ya era tiempo pasado. Ella simplemente escuchó mientras él continuaba hablando—. Hasta el día que me muera culparé a Antonia de la muerte de mi hermano. No permitiré que también destroce la vida de Lily —añadió él con una voz ligeramente temblorosa y Catherine se sorprendió al ver que en aquellos ojos oscuros empezaban a aparecer las lágrimas.

—Entonces, ¿de qué me estabas hablando en el hospital? Según lo que me acabas de contar, yo soy la mejor opción para criar a Lily. Y antes de que vuelvas pensar que sólo la quiero por su dinero, déjame decirte que te equivocas. Nunca he pensado en su herencia.

—Quizá quieras las dos cosas, Catherine. Quizá quieras a Lily y supongo que no hay que avergonzarse por querer ser rica. No puedo dejar que Lily viva con esa mujer, Catherine.

—Entonces, déjamela a mí.

—No es tan sencillo. Antonia irá a todos los tribunales y hará todo lo que pueda para desacreditarte. Tendrá los abogados más caros. Tú eres una profesora, Catherine, y la realidad es que no puedes hacer nada contra ella.

Aquellas palabras tenían sentido y Catherine sintió un temblor por todo su cuerpo. Aunque no podía soportar la idea de pedirle ayuda a Rico, no tenía ninguna otra opción y se la pidió antes de pensarlo dos veces.

—Tú podrías ayudarme —dijo Catherine con atrevimiento.

—¿Por qué iba yo a ayudarte? ¿Por qué no podría pedir la custodia yo mismo?

—Hazlo. Pero no te creas que me vas a asustar con tu dinero y tus abogados. Venderé mi casa si tengo que hacerlo y cuando se me acabe el dinero solicitaré ayuda legal. Te digo esto a ti ahora y se lo diré a cualquier Mancini que me pregunte: tengo tanto derecho sobre Lily como cualquiera de vosotros. En realidad, yo he jugado un papel en su vida. Por mucho que no me gustara la vida de Janey y Marco, iba a visitarlos con frecuencia. Al contrario que vosotros, yo por lo menos he ido a verla.

—Yo estaba muy ocupado con el trabajo y además ver a sus padres de esa manera me…

—Ahórratelo —respondió Catherine—. Cuéntale a los tribunales que ni siquiera pudiste ir a su bautizo, que sólo tuviste dos minutos para ver a tu sobrina el día que nació y que desde entonces no la has vuelto a ver.

—Existen razones.

—Excusas. Sólo son excusas. Y ahora tienes el atrevimiento de decirme que quieres la custodia de Lily, un bebé al que apenas conoces. Pues no te lo voy a permitir, Rico. El poder de los Mancini no me asusta. Lucharé por ella y además creo que soy la mejor persona para ella.

—¿Tú?

—Sí, yo, Rico. Lucharé por ella. Haré lo que sea por asegurar el futuro de Lily. Lo que sea —repitió Catherine asegurándose de que él la había entendido—.Ya sé que no me tienes mucha consideración, Rico, me lo pusiste muy claro la noche de la boda.

—Esa noche no tiene nada que ver con esta discusión.

—Sí, sí tiene que ver. Esa noche me trataste como a una prostituta, Rico, te fuiste sin ni siquiera despedirte —dijo Catherine roja de furia. Pero se negaba a permanecer en silencio. El futuro de Lily era demasiado importante para ella como para no poder nombrar hechos que la avergonzaban—. Fuiste tú el que se fue sin despedirse. Yo fui corriendo a buscarte, llegué a tu coche y te llamé por la ventana y ni siquiera te dignaste a mirarme.

—Porque me dabas asco —respondió Rico humillando a Catherine profundamente.

—No creo que te tenga que recordar que es cosa de dos —dijo ella conteniéndose las lágrimas que se habían estado almacenando a lo largo de todo el día y que cada vez le era más difícil reprimir—.

Y que si vas a intentar utilizar esa noche para desacreditarme no funcionará. Tú fuiste tan partícipe como yo.

—¿De qué estás hablando?

—¿Quizá de que eres uno de esos hombres machistas que se creen que se pueden comportar de ese modo con las mujeres? La verdad, Rico, no puedo justificar lo que pasó aquella noche. No le puedo explicar a nadie, y mucho menos a mí misma, cómo terminé en la habitación de un hotel con un hombre al que apenas conocía. Sí, me comporté como una prostituta. No me puedes herir con tus crueles palabras, no me puedes avergonzar más de lo que yo me avergoncé a mí misma aquella noche. Puede que yo te dé asco, pero yo me doy más asco a mí misma por lo que hice.

Permanecieron los dos en silencio.

Las palabras de Catherine resonaban como un eco y ella no podía soportar estar allí ni un minuto más. Miró a su alrededor para encontrar una salida y se metió en el cuarto de baño.

Sólo en el momento en que cerró la puerta pudo respirar.

No dejaba de preguntarse a sí misma cómo había permitido que aquel hombre la acariciara y la tuviera en sus brazos. Incluso después de un año todavía no podía comprender cómo aquella noche habría podido llegar a ese nivel de intimidad con un extraño. Pero recordaba que, en realidad, Rico no le había parecido un extraño y que en aquel momento había perdido todo su pudor ante las caricias de ese hombre.

Se quitó la ropa y se metió en la ducha.

El agua sobre su cuerpo la ayudó a calmarse y a ordenar todo lo que había sucedido aquel día. Deseaba permanecer allí para siempre, deseaba poder esconderse del mundo, pero tenía que ser fuerte, tenía que volver a la habitación y enfrentarse a él. Por Lily.

Se puso un albornoz, se lo ató con fuerza y llenó el lavabo para lavar su ropa interior.

—¿Qué haces?

—¿Cómo te atreves a entrar sin llamar? —preguntó Catherine ante la inesperada presencia de Rico en el cuarto de baño—. Podía haber estado desnuda.

—Tenemos que hablar y tú te estás escondiendo.

—No me estoy escondiendo —mintió Catherine.

—Estás lavando tu ropa para tardar más.

—Para tu información, no pensé en hacerme la maleta cuando la policía vino a mi casa.

—Podías haber mandado la ropa a la lavandería del hotel.

—No es para tanto. Yo tengo mi orgullo y si crees que voy a entregar mi ropa interior para que me la laven y me la planchen, no me conoces en absoluto —dijo Catherine y se volvió hacia el lavabo para seguir lavando, deliberadamente tomándose su tiempo mientras sentía cómo la impaciencia de Rico se acrecentaba.

—Si Lily fuera mayor, le podríamos preguntar qué prefiere, pero sólo tiene seis meses. Así que quizá podríamos preguntarnos qué hubieran querido sus padres —dijo Rico. Catherine lo escuchaba y pensaba que sus palabras no carecían de sentido.

—Me parece una buena idea —admitió ella.

—Marco y yo nos hemos peleado en alguna ocasión y quizá yo me haya alejado un poco de él porque no me gustaba su estilo de vida, pero él sabía que siempre podía contar conmigo. Sé que me respetaba —dijo Rico con un tono de voz que no podía ocultar su emoción al hablar de su hermano—. Tengo la seguridad desde lo más profundo de mi corazón de que él me quería, Catherine, y sé que habría querido que yo cuidara a su hija. Ahora te toca a ti. ¿Qué habría querido Janey?

—Habría querido que la tuviera yo. —¿Porque te quería? —dijo él con una falsa ternura que ocultaba una enorme ironía. Pero Catherine se dio perfecta cuenta de el verdadero tono de Rico—. ¿Janey habría querido que tú tuvieras a Lily porque adoraba a su hermana mayor Catherine?

—Ella me quería. Yo era su hermana —contestó con voz temblorosa.

—No hace falta que quieras a tu hermana, Catherine —señaló Rico sin piedad—. Tampoco hace falta que quieras a tu marido y Janey no amaba a Marco, ¿verdad? ¿Verdad? —repitió con furia, como un león que defiende su territorio—. De hecho Janey veía a Marco como un talonario de cheques.

—Rico, por favor… —le rogó Catherine. Quería que Rico parara, que dejara ese horrible interrogatorio, no quería destrozar sus preciados recuerdos con su hermana, no quería admitir lo poco que Janey había pensado en ella.

—Janey quería coches caros, una casa bonita, criados… y no

dudo de que hubiera querido lo mismo para su hija.

—Janey hubiera querido que yo cuidara a su hija —dijo ella aunque sin convicción—.Te equivocas, Rico.

—¿Ah, sí? ¿En qué parte?

—En todo —murmuró Catherine sabiendo en el fondo que Rico tenía razón. Pero sabía que nunca admitiría la verdad. Rico tenía razón y tenía que admitirlo. Janey no la había querido. La había odiado. Incluso Janey le había admitido que se había casado con Marco por dinero. Pero ella no podía admitir la verdad porque habría perdido cualquier posibilidad ante los tribunales. Lily desaparecería de su vida con toda seguridad. Catherine no sucumbió. Haría lo que fuera para proteger a aquellos a los que amaba. Ella lo negaría y se llevaría las palabras de Janey hasta la tumba. Lily la necesitaba—. Janey amaba a Marco.

—¿Te lo dijo ella?

—Sí, Rico —dijo ella—. Me dijo que amaba a Marco. Janey amaba a Marco y el dinero no tenía nada que ver. En el fondo de mi corazón sé…

—Ya está bien. Ya es hora de irse a la cama.

—Pensaba que íbamos a hablar —protestó Catherine mientras salían del baño. Ella se había preparado para enfrentarse a él y había reunido fuerzas para defenderse. Pero Rico parecía estar demasiado cansado como para luchar en ese momento.

—Ahora nos vamos a la cama —ordenó él.

—Vine para hablar, Rico. Tenemos que solucionar las cosas.

—Y lo haremos —afirmó él—. Pero ahora no es el momento, no podemos decidir nada esta noche. Estamos cansados y ha sido un día muy intenso. Toma —dijo dándole una camisa blanca—, siempre tengo una de sobra. Puedes dormir con ella.

—¿Rico?

—Es hora de dormir, Catherine —dijo finalmente Rico con frialdad—. Tú puedes dormir en la cama grande.

En otras circunstancias Catherine se habría sentido incómoda al compartir la suite de un hotel con el hombre que le había roto el corazón.

Pero esa noche no era así. Esa noche era para Janey.

Cuando salió del cuarto de baño con la camisa de Rico, él ya estaba acomodado en su cama con las manos detrás de la cabeza,

mirando fijamente al techo, con una mirada triste y pensativa.

—Buenas noches —dijo ella mientras se dirigía a su habitación y esperaba una respuesta que nunca llegó.

Se metió en la cama y apagó la luz y con la oscuridad los recuerdos que había intentado evitar durante todo el día volvieron.

Quería recordar a su hermana Janey tal y como era antes de la muerte de sus padres, antes de que se hubiera dejado vencer por el dinero y la avaricia. Vivían en un mundo bello y feliz que en ese momento Catherine recordaba con un profundo dolor. Tendría que llorar a la her-manita con la que había crecido.

Dejó escapar un pequeño llanto, pero intentó contenerse. Tenía que ser fuerte, como lo había sido durante ocho años de dolor.

—¿Catherine? —dijo Rico con preocupación mientras se acercaba a su cama y se sentaba junto a ella. Catherine percibió preocupación en la voz de Rico, pero no respondió, permaneció paralizada en la oscuridad—. ¿Estás bien?

—Sí —murmuró ella.

—Puedes llorar si quieres —le dijo Rico con suavidad.

—Llorar no nos los devolverá a todos ellos.

—¿A todos? No hablas sólo de Marco y de Janey, ¿verdad? —preguntó Rico, pero Catherine no respondió—. ¿Qué les pasó a tus padres?

—Murieron.

—Cuéntame qué pasó.

—Mi madre era muy bella —dijo ella finalmente con voz temblorosa después de unos momentos de silencio. Sentía la necesidad de compartir su pasado, un pasado al que aquella noche no se podía enfrentar ella sola. Y aunque Rico la despreciara, aunque esa conversación fuera olvidada o se volviera en su contra con la luz del día, esa noche el sólo hecho de que hubiera otro ser humano acompañándola en el enorme abismo de la tristeza, le era suficiente—. Se llamaba Lily y mi padre habría hecho cualquier cosa por ella.

—¿Como Janey y Marco?

—En cierto modo —admitió Catherine—, aunque mi padre siempre fue muy sensato en todo lo que se refería a sus hijas. Pero no era así con mi madre. Ella decidió que quería ir a esquiar y le pidió a mi padre que la llevara a la nieve. No le importaba que

fuera un viaje largo o que mi padre nunca hubiera conducido en la nieve. Ella quería ir y no se podía hacer otra cosa —continuó Catherine. Rico la agarró de la mano con fuerza.

—¿Y qué pasó?

—No hace falta que te diga que nunca llegaron. La policía llegó a mi casa como lo ha hecho hoy. Nos dijeron que no habían sufrido.

—Pero tú sí —dijo Rico mientras le acariciaba la cara y retirando un oscuro rizo de su mejilla. Ella deseaba fervientemente girarse hacia él, se moría por una caricia suya, pero permaneció inamovible—. ¿Y qué pasó después?

—Dejaron todo hecho un lío. Yo me puse a trabajar en dos sitios para mantener a Janey y…

—Además fuiste a la universidad, ¿no?

—Sí. Quizá no lo debería haber hecho. Quizá me debería haber ocupado más de Janey, pero pensé que tenía una carrera decente, las dos estaríamos bien. Claramente me equivoqué. Finalmente vendí la casa. No podía afrontar los gastos de la hipoteca. Con la mitad que me correspondía puse un depósito para un piso. Esperaba que Janey hiciera lo mismo, pero no lo hizo. Se compró ropa, iba a restaurantes y alquilaba apartamentos que nunca se podía permitir —dijo Catherine. Tenía los ojos llenos de lágrimas, pero cerró los ojos con fuerza y fue capaz de contenerlas. Cuando abrió los ojos, Rico todavía estaba allí sentado, con una paciencia infinita.

—Has sufrido muchas pérdidas, Catherine —le dijo Rico mirándola fijamente a los ojos—. No tienes que avergonzarte de tus lágrimas.

—No valen para nada. Ya aprendí hace ocho años que las lágrimas nunca cambian nada —respondió ella.

—No estoy de acuerdo. Es mejor sentir dolor que no sentir nada —dijo él. Permanecieron en silencio unos minutos, hasta que finalmente Rico siguió hablando—. Lo echaré de menos. Me duele inmensamente pensar que Marco ya no va a volver nunca. Marco nació en este país —dijo Rico con una leve sonrisa—. Yo solía cuidarlo, no quería que pasara por lo mismo por lo que yo pasé. Cuando yo empecé el colegio, no hablaba ni una palabra de inglés. Era el niño italiano que tenía el almuerzo con olor a salami. Supongo que después Marco siempre se fijaba en mí y venía a mí si se metía en algún lío. Ojalá hubiera seguido siendo así. Pero,

aunque yo sé que él ha cometido muchos errores y ha hecho muchas estupideces, siempre lo he querido. No ha sido siempre tan malo.

—Ni tampoco lo ha sido Janey —respondió Catherine. Rico se dispuso a escucharla sin reproches. Estaba sentado muy cerca de ella. Su presencia ya no la intimidaba, sino que más bien la consolaba. La luz de la lámpara producía reflejos oscuros sobre su torso, resaltando la grandeza de sus hombros y definiendo la fuerza serena de su musculoso cuerpo que reflejaba confianza. Las lágrimas asomaban en sus ojos y había en ellas una sinceridad que animaba a Catherine a continuar hablando—. Estaba pensando en cuando éramos pequeñas, cómo jugábamos y cómo ella me hacía reír. Ella era siempre la más traviesa… —continuó en medio de un sollozo—. No puedo creer que se haya ido para siempre.

—Desahógate, Catherine —le dijo Rico mientras la sostenía en sus brazos—. No es el momento de contenerse.

Lo que más deseaba Catherine en esos momentos era dejar correr sus lágrimas.

Sentía un profundo agradecimiento hacia Rico por la ternura que le estaba mostrando aquella noche, por decirle que él también estaba herido y por permitirle vislumbrar que detrás de aquella fría fachada se escondía un corazón que en ocasiones se sentía herido, que se rompía o que añoraba las pérdidas.

Pero ella no podía ceder ante las lágrimas que la amenazaban. En lugar de eso, se agarró a él con fuerza.

Había algo en su tristeza que le hacía romper las reglas, porque ella no quería estar sola aquella noche y sabía que Rico tampoco. Ella no quería que la luz se apagara y que la oscuridad la sumiera en el infierno en el que había estado hacía unos momentos. Él la abrazaba y la acariciaba, pero percibió que esas caricias no eran de consuelo, sino de deseo. Sintió cómo los labios de Rico recorrían sus mejillas y pensó que era mucho más fácil hundirse en sus besos que afrontar aquella noche sola y encontrarse con la dura realidad.

Quizá se arrepintiera, pero tan sólo quería olvidarse de todo y eso sólo se lo podía proporcionar Rico. Él introdujo su lengua entre sus labios y le acarició los pechos a través del blanco algodón. Catherine arqueó su cuerpo hacia Rico y lo atrapó entre sus piernas. Él le desabrochó la camisa y se deshizo de sus calzoncillos para

sentir su virilidad llena de deseo entre los muslos de ella. Los labios de Rico ardían de calor y de deseo mientras recorrían su estómago y ella levantaba los brazos para que él le pudiera quitar la camisa. Después la tumbó y le separó las piernas con sus manos.

Catherine lo miraba fijamente mientras él se arrodillaba ante ella.

La vista de su erección la emborrachaba y nublaba sus sentidos. Se le aceleró el pulso al sentir cómo Rico separaba su cuerpo ligeramente de las sábanas y la atraía hacia él. El doloroso placer la hizo gemir por un momento. Ella lo rodeaba con sus piernas y lo arrastraba cada vez más hacia ella.

Sintió el cálido aliento de Rico mientras él se introducía en su interior y ella se rindió completamente. En ese momento, para ella sólo existía la piel de Rico, sus músculos, su sabor… Podía oír cómo su propia respiración se aceleraba y era cada vez más alta. El calor de su orgasmo le subía hasta sus mejillas y sus piernas temblaban convulsivamente. Cada vez lo sentía más dentro de ella, oía su respiración regular y sentía la dureza de sus nalgas cuando clavaba sus uñas en ellas. Él pronunció su nombre mientras alcanzaba el climax junto a ella. Ella también lo llamó a él. Se buscaron en la oscuridad y se unieron en un remanso de paz que los dos añoraban.

Después, mientras la abrazaba, Rico apagó la luz. Catherine ya no tenía miedo de la oscuridad. Nada podía hacerle daño con Rico a su lado.

Capítulo 4

CUANDO se despertó, parecía que por un momento las cosas estaban bien, pero una repentina y horrible sensación invadió a Catherine y tuvo que pensar unos segundos qué era lo que iba mal.

Janey estaba muerta.

—Toma —le dijo Rico mientras ponía una taza de café sobre su mesilla.

—Gracias —respondió ella. Catherine se sentó en la cama. El café la reconfortó. Pensó en la noche anterior, pero su tristeza era tan grande, que superaba cualquier otro sentimiento. Nunca había experimentado lo que era una resaca, pero por las descripciones de Janey, lo que ella sentía en ese momento debía de ser algo parecido. Vio la camisa arrugada tirada en el suelo al lado de los calzoncillos oscuros de Rico. En cualquier otra circunstancia se habría sentido avergonzada, pero su pena superaba todos sus sentimientos.

—Acaba de llamar mi padre —dijo Rico—, Antonia y él están en el aeropuerto. Llegarán aquí mañana.

—Pensaba que no iban a venir hasta el funeral —dijo Catherine mientras contemplaba el aspecto desaliñado de Rico. Sólo lo había visto vestido con un traje, pero en ese momento estaba sin afeitar y con una toalla rodeando su cintura. Su mirada fría parecía reflejar que lo que habían compartido aquella noche lo había olvidado por completo.

—Quieren estar aquí por Lily. Al menos eso es lo que dijo mi padre.

¡Lily!

—Debería llamar… —dijo Catherine de repente sintiendo un enorme sentimiento de culpabilidad por su sobrina. Ni siquiera

había pensado en ella ni un minuto desde que se había despertado. Catherine lo miró angustiada y el nerviosismo le hizo derramar el café.

—Ya he llamado yo —dijo Rico—. Tendrá que estar en observación unos cuantos días más, pero está bien. El médico ha dicho que no hay necesidad de preocuparse —añadió él cuando Catherine abrió la boca para preguntar—. También tengo la impresión de que están analizando su situación social. Todos los periódicos hablan de ellos hoy y, aunque el médico no me ha dicho nada, tengo la sensación de que Antonia los ha llamado desde los Estados Unidos y les ha dado a conocer su opinión sobre el tema. Ahora sí tenemos que hablar, Catherine —continuó él tras una pausa. Catherine no quería hablar, no quería darle vueltas y más vueltas a lo mismo, pero sabía que tenía que hacerlo, sabía que las cosas se tenían que solucionar y que el tiempo no estaba de su parte —. Mi familia estará aquí mañana y con Antonia no lo vamos a tener fácil. Si pudiéramos hacer un frente común con los trabajadores sociales, quizá podríamos impedir que Antonia se lleve a Lily del hospital.

—No tiene derecho. Ni siquiera es familiar directo.

—Pero mi padre sí y él hará lo que le mande Antonia, créeme.

Sin duda Catherine lo creía, aunque no quisiera. Había sido igual con sus propios padres y tragó con nerviosismo.

—Mira, Rico —dijo ella con una voz firme—, entiendo tus dudas, pero supongo que no podrás cuestionar que yo soy la persona adecuada. Soy profesora, trabajo con niños, soy la tía de Lily… Y después de lo que pasó anoche, después de lo que compartimos…

—No has tardado mucho en mencionarlo, Catherine… —dijo él mirando a su pesado reloj de oro.

—No sé de qué me estás hablando.

—¿Crees que lo que pasó anoche cambia las cosas? Te equivocas —dijo señalándola con el dedo de forma acusadora—. Anoche me advertiste de que harías lo que fuera para conseguir a Lily. Te debería haber escuchado. Si crees que vas á utilizar tus encantos femeninos para ponerme de tu lado, estás equivocada. Anoche nos acostamos. Eso fue todo.

—No me lo puedo creer, Rico —dijo ella furiosa mientras se

levantaba de la cama y se ponía un albornoz—. ¿Crees que lo de anoche fue sólo cosa mía? Te equivocas. Anoche los dos nos necesitábamos y nos deseábamos. No había ningún plan premeditado. Lo último que pensé que sucedería anoche es que me iba a acostar contigo. Y tú lo sabes, Rico, tú lo sabes. Ni siquiera… —dijo ella llevándose la mano a los labios, temblando, como si de repente le hubiera venido al pensamiento algo imposible.

—Sigue —dijo Rico con frialdad—. Que no utilizamos ninguna precaución. ¿Es eso lo que ibas a decir?

—Sí.

—¿Por qué no me sorprende que no estés tomando la píldora, Catherine? ¿Por qué no me sorprende que tú, como tu hermana, practiquéis el sexo sin protección…?

—Con un hombre rico —terminó la frase Catherine—. Eres un canalla.

—No hay canallas en la familia Mancini —dijo Rico con la arrogancia de un hombre acostumbrado a la integridad de los hombres de su familia—. Como sucede en todas las familias tradicionales sicilianas, nosotros siempre pagamos nuestros errores. Y tú me harías pagar, ¿verdad?

La maldad de su acusación iba más allá de lo que ella podía abarcar. El hecho de que él pensara que ella caería tan bajo la encendía de furia.

—Rico, lo de anoche no fue simplemente sexo. Hicimos el amor. ¿Tú crees que lo tenía planeado? ¿Crees que mientras mi hermana estaba en el mortuorio yo estaba planeando cómo asegurarme una conexión con los Mancini? ¿Piensas que te llevé a la cama con la esperanza de concebir un hijo?

—Sí, igual que tu hermana lo hizo con Marco.

—¿No sabéis los sicilianos lo que son los anticonceptivos? Tú te crees que soy un tipo de chica que se va con cualquiera, cuando la verdad es que sólo he tenido dos relaciones en mi vida y tú has sido la segunda —dijo Catherine furiosa causando una expresión de sorpresa en Rico—. No, no estoy tomando la píldora, ni siquiera tenía un preservativo en el bolso. Pero, ¿cuál es tu excusa, Rico? ¿Por qué no tomaste tú precauciones? ¿Quizá porque anoche me necesitabas? ¿Tal vez porque necesitabas estar con otra persona? Necesitabas…

—Necesitaba el sexo. Me ayuda a dormir —respondió él fríamente.

—¿De qué tienes miedo, Rico?

—No le tengo miedo a nada —dijo él con un orgullo, pero dejando notar una falta de convicción.

—Sí, sí que le tienes miedo a algo. Tienes miedo a pensar que lo que pasó anoche no fue puro sexo y que por unos momentos necesitabas a otro ser humano. Pero no te preocupes, Rico, yo no te voy a atrapar. Hay una píldora que se puede tomar el día después, puedo ir al médico…

—No habrá pildoras —dijo él en tono amenazante—. Quítate eso de la cabeza inmediatamente. Y, al contrario de lo que tú dices, sí te necesito —admitió finalmente Rico. Catherine se quedó paralizada —. Tienes razón. Eres profesora, supuestamente una buena ciudadana, y además Lily necesita una figura materna.

—¿Entonces no irás en mi contra cuando solicite la custodia? —preguntó ella sorprendida. Apenas podía hacerse a la idea de que hubiera sido tan fácil, de que Rico hubiera abandonado con una simple pelea.

—Desde luego que no —dijo él sonriendo—. ¿Por qué iba a pelearme con mi mujer cuando los dos queremos lo mismo?

—¿Tu mujer?

—Sí, mi mujer —confirmó Rico con una sonrisa maliciosa—. Eso es lo que tú quieres —dijo él.

—De eso nada —dijo ella. Catherine no podía admitir que Rico tenía razón, que eso era lo que había estado queriendo durante todo un año, lo que había estado deseando en secreto. Pero no de esa manera. Así no.

—Antonia y mi padre se pueden permitir los mejores abogados…

—Y tú también.

—Sí y las cosas podrían tardar años y años —repitió él—. Pero si tú y yo estamos unidos, si les decimos a los trabajadores sociales que estamos casados y que Lily es nuestra principal prioridad, podríamos tener alguna posibilidad. Estoy seguro de que conseguiríamos la custodia.

—Pero casarnos… no me puedo creer que estés sugiriendo…

—Pero esto no es una sugerencia, Catherine. Esto es lo que

vamos a hacer.

—No me puedes ordenar que me case contigo.

—Será una boda discreta.

—Lo tienes todo pensado, ¿verdad?

—Claro que sí. Una joven pareja de profesionales podrá ganarse a los tribunales.

—Y supongo que cuando todo se solucione, planearemos un divorcio discreto, ¿verdad? —dijo ella furiosa—. ¿Y qué pasará con Lily entonces? Supongo que yo la tendría durante la semana y tú los fines de semana.

—No, .Lily no se puede convertir en un paquete que nos pasemos los unos a otros. Tendremos que hacer lo que sea mejor para ella.

—Un matrimonio sin amor no es lo mejor, Rico. Ella se merece algo mejor.

—Y lo tendrá —dijo Rico con una frialdad como si estuviera hablando de negocios. Se acercó a ella y puso sus manos sobre sus hombros—. Tú eres la que ha hablado de divorcio…

—No esperarás que me comprometa para siempre.

—Eso es lo que pasa cuando se tiene un hijo. Ayer me dijiste que querías la custodia, que querías lo mejor para tu sobrina.

—Y eso es lo que quiero, pero, Rico, ¿qué es un matrimonio sin amor?

—El amor es para los idiotas —dijo Rico con una carcajada—. El amor es un estado falso, una fantasía.

—¿No crees en el amor? ¿No crees que un hombre y una mujer puedan amarse? —preguntó Catherine con sorpresa.

—Claro que pueden, si quieren destrozar sus vidas. Mira a Janey y a Marco. Marco la adoraba y al final ese amor lo mató.

—Pero seguramente…

—Mira a mi padre y a Antonia. Ahora parecen la pareja perfecta, pero ya verás como dentro de un año saldrá en la prensa que ella bebía demasiado o que él la pegaba. El amor es para sufrir, Catherine. Lo último que yo quiero en la vida es un matrimonio que sea un desastre, pero de esta manera… Creo que podría funcionar.

—No sé…

—Durante siglos mis antepasados decidían el destino de sus hijos y elegían sus parejas por ellos. No había amor, ni pasión en

sus ojos, ni promesas que cumplir. Y no había divorcios. Ellos se comprometían, trabajaban por su matrimonio y se agarraban a él incluso en tiempos difíciles. Quizá las formas antiguas tengan algún mérito…

—Tu argumento está lleno de imperfecciones —lo interrumpió Catherine—. No se divorciaba nadie en aquellos días a menos que fueran increíblemente valientes o increíblemente ricos. Pero eso no significaba que fueran felices —dijo Catherine cerrando los ojos y acariciándose las sienes intentando asimilar la extraña lógica de Rico—. Y la cuestión no es que nuestros padres nos encuentren una pareja. El matrimonio consiste en dos personas…

—En dos personas que quieren lo mismo —dijo Rico—. El amor no tiene nada que ver. Hay demasiado en juego como para que perdamos la cabeza. Esto es lo correcto —dijo él con determinación aunque con más suavidad—. Lily necesita una figura materna, necesita seguridad y si no nos unimos, tendremos una batalla legal interminable con mi padre y Antonia.

—Pero los trabajadores sociales nunca creerán que nuestro matrimonio es de verdad.

—¿Por qué no? Les contaremos que nos enamoramos a primera vista el año pasado y que anoche nos volvimos a reencontrar. Desde luego no hace falta que les digamos que tú simplemente estás siguiendo los pasos de tu hermana para asegurarte el futuro. Aparte de eso, no hay mentiras —dijo Rico con frialdad. Pero la verdad era que para Catherine era muy diferente. Una sola caricia de Rico le hacía temblar y una simple muestra de ternura la llevaría a la cama. Decir que para ella eso no era amor sí era mentir—. Los dos queremos a Lily, así que decidimos acelerar las cosas para proporcionarle a Lily un hogar estable. Y cuando se enteren de que estás dispuesta a dejar el trabajo…

—¡No! —exclamó Catherine inmediatamente—. ¡No voy a dejar mi trabajo! —insistió ella con determinación a pesar de lo suave de su voz—. Quizá no gane mucho dinero como tú. pero mi trabajo es igualmente importante. Soy profesora, no me puedo ir en mitad de un trimestre.

—¿Las profesoras no tienen hijos? ¿Me estás diciendo que las profesoras planean sus embarazos para que se ajusten a los trimestres?

—¡Desde luego que no! Eres imposible, Rico.

Además eres un…un… No quiero ni decirlo. ¿Por qué tiene que ser la mujer la que deje el trabajo? ¿Por qué?

—¿De verdad esperas que juegue a ser amo de casa? —dijo Rico mientras se reía con incredulidad—. ¿Esperas que deje mi trabajo para cambiar pañales y para ir todos los días al parque? Soy un Mancini —añadió él como si sólo su apellido pudiera cerrar la discusión.

Pero Catherine se negó a permanecer en silencio, se negó a que las palabras de Rico la intimidaran.

—Y yo soy una Masters —dijo Catherine sin dejarse intimidar—. Y he trabajado tanto como tú para llegar donde estoy ahora. Quizá no gane millones, ni aparezca en las noticias, pero tengo veintiocho estudiantes que confían en que yo les dé una educación, así que no me infravalores, Rico. No pienses que yo mido el valor de mi trabajo con tus criterios.

—Lo siento —dijo Rico con ironía—. Desde luego que trabajarás y seguirás viviendo en tu apartamento diminuto, pero dime, Catherine, ¿cómo lo vas a pagar todo? Si trabajas, tendrás que tener a alguien que cuide a Lily todo el día.

—Hay centros que cuidan a los niños durante el día.

—Sí, ¿Y sabes cuánto cuestan?

—¿Y tú lo sabes? —respondió ella.

—Sí —dijo él con una sonrisa maliciosa—. Contrariamente a lo que tú sin duda piensas, me enorgullezco de cuidar a la gente que trabaja para mí. Hace algunos años, decidí dar ayudas a las madres de mi empresa. Eso es tener un buen sentido empresarial: no sólo retengo a buenas trabajadoras, sino que me gano su lealtad para siempre —añadió Rico provocando un sentimiento de sorpresa en Catherine. Ella nunca se habría imaginado que él fuera tan sensible y se preocupara tanto por sus empleados—. De vez en cuando echo un vistazo a los cheques que firmo, así que, Catherine, estoy muy enterado de lo que cuesta cuidar a un niño. Y te pregunto de nuevo, ¿cómo piensas costear el cuidado de Lily? ¿Cómo te las vas a arreglar para pasar de ser una mujer profesional soltera a ser una madre profesional soltera?

—Ya me las arreglaré.

—¿Cómo?

—No lo sé —dijo Catherine sintiéndose atrapada—. Supongo que Lily tendrá…

—Tendrá ¿qué? —dijo Rico con crueldad. Catherine sintió cómo el calor subía a sus mejillas—. ¿Quieres que termine la frase por ti? Quieres decir que Lily tendrá algo de dinero, ¿verdad? —dijo Rico con ironía. Catherine no respondió—. Nadie cuidará de Lily. Ya ha tenido bastantes niñeras. Tú te encargarás de cuidarla todos los días, No trabajarás.

—Ni siquiera voy a intentar discutir contigo —dijo ella mientras agarraba su ropa.

—Tenemos que mostrar a los tribunales que somos capaces de sacrificarnos.

—Yo no tengo miedo al sacrificio —respondió Catherine mientras se dirigía al cuarto de baño—. Mira, Rico, cada uno de nosotros lo hará lo mejor que pueda, pero no creo que este matrimonio pudiera funcionar.

—¿Por qué no? Tenemos una sobrina que necesita un hogar, está claro que sexualmente somos compatibles y además existen posibilidades de que ya lleves un hijo mío. Ésas son tres buenas razones para casarse.

De repente, el pánico invadió a Catherine y se sintió fuera de control.

En realidad, esa sensación no era tan repentina. Desde que Rico había vuelto a aparecer en su vida, su comportamiento no podía decirse que fuera normal. El día anterior, cuando le inundaba la tristeza, le habría sido tan fácil decir que sí. Pero en ese momento, con la fría luz del día, no le resultaba tan fácil.

Lily no era un perrito o un pez de colores que había que cuidar mientras sus dueños estaban de viaje. Era un bebé y el compromiso sería para siempre. Ni siquiera tenía el lujo de los nueve meses para hacerse a la idea.

Aunque Rico no se movía, ella podía sentir su impaciencia que la forzaba a tomar una decisión. El tiempo no estaba de su lado.

—¿Y por qué tengo que sacrificarme yo? A mí me gusta mi vida, Rico. Me gusta mi trabajo, mi piso, mis amigos y tú me estás pidiendo que lo tire todo por la ventana —protestó ella.

—Vamos, Catherine, no disimules. Esto es lo que siempre has querido.

—Eres tan arrogante. ¿Y tú qué sacrificas?

—Yo también haré mis sacrificios, no te preocupes. Puedes esperar que te sea fiel —contestó con ironía.

—No lo esperaría, Rico, lo exigiría.

—Entonces ya hemos llegado a un acuerdo, ¿no?

—No hemos acordado nada. ¿Por qué quieres que sea tu mujer cuando tienes tan mal concepto de mí? Dijiste que yo te daba asco y que piensas que lo único que quiero es el dinero de Lily. Entonces, ¿por qué demonios me pides que me case contigo? No, lo entiendo, Rico.

—Hay que tener a los enemigos cerca —murmuró él sin un ápice de ternura en su firme voz.

—¿Y cuándo me he convertido en tu enemiga, Rico? —preguntó Catherine con perplejidad. Su voz era más suave en ese momento. Estaba realmente sorprendida al ver cómo el extraño que permanecía ante ella contrataba con el tierno amante que la había tenido en sus brazos la noche anterior, el hombre que la había sacado de su soledad en las horas más oscuras de su vida—. ¿Sabes? Casi me compadezco de ti, Rico. Estoy empezando a pensar que prefieres que yo sea una buscavidas en vez de una mujer real, con sentimientos de verdad.

—No sigas, Catherine, no estás impresionando a nadie. Yo sé lo que tú piensas realmente de mí y sé lo que Janey pensaba de Marco y lo puedo comprobar. Cuando te vi en la boda, tan apartada de todo el mundo, perdí la cabeza. Perdí la cabeza por una mujer a la que no había visto antes. Lo único que sabía era que tenía que conocerte, que hablar contigo. Tenía que estar contigo —dijo Rico provocando confusas emociones en Catherine. Casi no podía creer que aquel hombre tan atractivo hubiera hecho todo lo posible para estar con ella y que aunque sólo hubiera sido de forma transitoria, la hubiera adorado—. Tenía que estar contigo —reiteró—. Lo que pasó en el hotel no me dio asco. Desde el momento en que te vi, sabía que tenías que ser mía. Fue lo que sucedió después lo que me dio asco. Cuando fui a buscarte, oí a tu hermana aconsejarte que si jugabas bien, todo podría ser tuyo —dijo él.

—Rico… —dijo ella. Catherine sintió un dolor tremendo al oír aquellas palabras.

—Me alegro de haberme enterado de tus verdaderos motivos. Tú

me preguntas por qué me mantuve alejado, por qué no iba a ver a mi sobrina. La razón es que yo sabía que Janey estaba utilizando a mi hermano. Y si hubiera ido, le habría dicho a Marco que su mujercita no era más que una cazafortunas.

—Lo siento —dijo Catherine—. Siento que oyeras todo eso, siento que te enteraras de esa manera.

—Yo no lo siento —dijo Rico con un tono amargo—. De hecho, aunque admito que me sentí decepcionado en ese momento, me alegro de haber oído lo que dijo Janey.

—Pero ésas fueron las palabras de Janey —dijo Catherine.

—Tal vez, pero yo no oí que tú objetaras nada de lo que ella dijo —dijo Rico con un tono lleno de rencor.

—Pero las palabras de Janey no significan que yo sienta lo mismo. Y, además, oyeras lo que oyeras, yo creo que Janey lo amaba, que en algún lugar de su corazón… ¿Viniste a buscarme? —dijo dándose cuenta de repente de lo que le había dicho Rico. Él asintió—. Pero, ¿por qué?

—Esperaba terminar lo que habíamos empezado. Esa es la única razón, Catherine, no creas que había nada más —dijo él con crueldad hiriéndola profundamente—. ¿Crees que Rico Mancini habría querido algo más de ti? —preguntó mientras recorría el cuello de Catherine con su mano y la atraía hacia él. Pero no había ni un ápice de ternura tras sus movimientos y sus ojos eran negros y crueles—. Teníamos algo que terminar, Catherine. Ésa es la única razón por la que volví —dijo él con un tono cada vez más hiriente —. Y ahora que eso está aclarado, ¿puedo empezar los preparativos de la boda?

—Señor Mancini —dijo ella con resentimiento—. Usted sí que sabe hacer proposiciones con estilo.

—Ésta es la única manera que tienes para conseguir a Lily, Catherine. Es lo único que podemos hacer contra Antonia.

—¿Así que te vas a casar con una mujer a la que desprecias por el bien de tu sobrina? —preguntó Catherine con incredulidad.

—Desde luego —respondió Rico—. Haría cualquier cosa por que mi familia esté segura. Y Lily es mi sangre. Yo nunca he dicho que te despreciara, Catherine, de hecho tengo bastante respeto por una mujer que sabe lo que quiere y que está dispuesta a hacer lo que sea para conseguirlo —dijo él mientras se acercaba a ella y le acariciaba

el cuello—. Después de todo, a pesar de tu aspecto inamovible, eres bastante apasionada, ¿verdad? Tal vez un matrimonio de conveniencia tenga sus compensaciones…

Su primer instinto fue darle una bofetada y demostrarle lo mucho que la había herido. Pero en algún lugar de su corazón ella sabía que aquél no era el verdadero Rico.

El verdadero Rico la había tenido en sus brazos la noche anterior y era mucho más que el hombre que le hablaba con tanta crueldad en ese momento. Ésa fue la única razón que evitó que se marchara.

—Lo pensaré —dijo ella excitada y con los ojos entreabiertos. Rico tuvo el impulso de seguir discutiendo, pero algo en el tono de voz de Catherine le dijo que se mantuviera callado—. Lo pensaré —repitió ella—. Ahora me voy al hospital, Rico. Voy a hablar con los médicos y voy a pasar el día con Lily. De momento, no quiero oír ni una palabra más sobre el matrimonio.

—Desde luego cuando estés tomando la decisión, tendrás que considerar otra cosa —dijo Rico en tono amenazante y agarrándola con fuerza de las muñecas—. Si llevas un hijo mío, ya te puedes ir olvidando de ser madre soltera. Si vas a tener mi bebé, este matrimonio será para siempre.

Capítulo 5

NUNCA había tenido tanto frío. Ni siquiera tener a Lily en sus brazos le hacía entrar en calor. Catherine sentía como si el hielo le corriera por la venas mientras permanecía ante la tumba de su hermana.

Había pasado todo el funeral como en una nube.

Los familiares de Marco lloraban y gritaban, mientras que ella había permanecido impasible. Pero ella los envidiaba. Envidiaba su honestidad y la limpieza catártica que aquel desahogo seguramente producía.

Pero los ojos de Catherine permanecían secos ante la tumba. El olor de la tierra la empujaba a gritar que pararan, que alguien, en algún lugar y de alguna manera había cometido un terrible error, que aquello en realidad no había sucedido.

Habían quedado tantas cosas por decir, tanta vida por vivir, tantos errores que solucionar. Pero aquél era un error que se tenía que asumir.

No se podía retroceder, no había marcha atrás. Ya se había hecho demasiado para cambiar las cosas.

Y en el abismo de su tristeza, podía sentir la mano de Rico sosteniendo la suya, apretándola con fuerza. Ella deseaba decirle lo mucho que lo necesitaba, pero no se sentía con fuerzas para dejar escapar sus sentimientos.

—Se acabó, Catherine —le dijo Rico mientras la multitud se dispersaba y se dirigía hacia la fila interminable de coches negros.

—Hay que dar de comer a Lily —dijo ella después de haber permanecido en silencio un largo rato y sus labios temblaban con una mezcla de frío, de cansancio y de profunda tristeza—. Tal vez yo debería…

—Jessica se la llevará a casa. Ahora tenemos que enfrentarnos a mi familia —dijo Rico. Catherine vio que él levantaba la mano y saludaba a Jessica que se aproximaba hacia ellos.

—Yo me llevaré a Lily —dijo Jessica.

No podía mirar a Catherine y las dos mujeres se sentían incómodas ante la presencia de la otra. La pelea temblé que había tenido lugar entre Janey y Marco todavía estaba en sus mentes.

Su último encuentro estaba todavía demasiado cercano y era demasiado doloroso como para poder analizarlo con objetividad. Cuando Catherine le dio a Lily, se sintió culpable por la sensación de alivio que experimentó y por lo agradecida que estaba por no tener que tratar con Lily todavía.

En ese momento era demasiado duro.

—Es mejor que Lily no esté presente cuando veamos a mi familia —añadió él sabiendo que la pelea que había empezado en el hospital continuaría. Catherine no se encontraba con ánimos para aquello esa noche, pero sabía que no tenían otra opción. Antonia ya había dejado muy claro cuál era su opinión. Las discusiones en el hospital todavía le retumbaban en los oídos y no dejaba de recordar sus palabras envenenadas cuando, el cuidado temporal de Lily le había sido adjudicado a Rico y a Catherine.

—Lo sé —murmuró Catherine. Se dirigió al coche dócilmente, reconfortada por el calor de la mano de Rico, que todavía sostenía la suya.

—Esto no va a ser muy agradable —le advirtió Rico mientras ella miraba por la ventanilla del coche con los ojos llenos de lágrimas.

—Nada de esto es agradable —dijo Catherine con una profunda tristeza.

En otras circunstancias le habría intimidado ir a la gran mansión que Carlos Mancini tenía en una de las zonas más ricas de las afueras de Melbourne. Pero ese día, Catherine tenía otras muchas cosas en qué pensar que no dejaban que le sobrepasara la opulencia. A pesar de que a ella no le gustaba beber, aceptó un brandy y el calor de la bebida la tranquilizó.

—¿Dónde está Lily? —se oyó la voz de Antonia por el pasillo.

—Estaba cansada —respondió Rico—. Después de todo, Antonia, la pobre ha salido del hospital esta mañana.

—Debería estar aquí —dijo Antonia con un tono de exigencia—. Después de todo, es el funeral de sus padres.

—No —dio Rico con firmeza—. Ningún bebé de seis meses debería asistir al funeral de sus padres.

—Eso no es lo que yo quería decir y tú los sabes, Rico. Tu padre está en su estudio. Quizá deberíamos discutir el futuro de Lily ahora.

—Acabemos con esto de una vez —dijo Rico mientras dirigía a Catherine hacia otra habitación.

—Esto es sólo para la familia —le dijo Antonia dirigiendo una mirada desdeñosa a Catherine.

—Catherine es de la familia —respondió Rico—. Es la tía de Lily.

—Entonces será mejor que se haga con un buen abogado —respondió Antonia dirigiéndole una mirada que estaba llena de malicia.

Catherine secretamente se preguntaba si aquella conversación llevaría a algún sitio.

—No tengo ninguna duda de que ésa es su intención —dijo Rico con sequedad—. Además a Catherine y a mí nos han concedido el cuidado de Lily.

—Sí, pero sólo temporalmente —le corrigió Antonia—. Sólo Dios sabe las mentiras que le habréis contado a la trabajadora social para conseguirlo. No creas que no sé de dónde procedes, señorita —dijo dirigiéndose a Catherine—. Eres una pobretona igual que tu hermana.

—Puedo entender que tenga cosas en mi contra —dijo Catherine hablando por primera vez esa tarde. Su voz era temblorosa, pero su determinación era de hierro—. Pero Marco no es el único al que han enterrado hoy. También ha sido el funeral de mi hermana y ya que lo que estamos discutiendo es el futuro de su hija, le pediría que mostrara algo más de respeto por Janey.

—Tu padre y yo hemos discutido mucho —dijo Antonia dirigiéndose de nuevo a Rico después de hacer un pequeño gesto de disculpa a Catherine. Parecía que sus palabras le habían impresionado de alguna manera—. Lily necesita seguridad y nosotros somos los que se la podemos dar.

—¿No crees que es al revés? ¿Que es Lily la que os puede dar

esa seguridad a vosotros?

—Esto no tiene nada que ver con el dinero —insistió Antonia.

—Pero vosotros tenéis problemas económicos —dijo Rico.

—No seas ridículo.

—No soy yo el que está siendo ridículo. Yo no soy el que se recorre el mundo en su avión privado, ni el que viaja a París para poner al día su vestuario, ni el que se va a ver un partido de tenis a Nueva York. Estáis viviendo por encima de vuestras posibilidades y eso os está arruinando.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Lo sé porque yo hago las cuentas de la empresa. No podéis llevar este estilo de vida de manera indefinida. Algún día fallará algo. Pero, bueno, si el futuro de Lily no es una cuestión de dinero, hagamos un trato antes de que impliquemos a los abogados, antes de que seamos el centro de todos los cotilleos de Australia. Todos estamos de acuerdo que el dinero de Lily no se tocará hasta que ella cumpla los veintiuno. Y los que se ocupen de su educación tendrán que financiar todos sus gastos de su propio bolsillo.

—Lily necesita una buena educación. No puedes esperar que tu padre y yo financiemos…

—Lo triste es que yo no espero nada de vosotros dos —dijo Rico provocando un gran sentimiento de incomodidad en su padre y Antonia. Catherine no sabía dónde mirar. Era horrible ver cómo Antonia enrojecía cada vez más y apretaba los labios. El padre de Rico buscaba un pañuelo para secarse el sudor y ella sentía compasión por él. Sabía que al fin y al cabo, Carlos Mancini había enterrado a su hijo más joven ese mismo día. Pero claramente Rico no estaba teniendo eso en cuenta, porque siguió hablando de una forma igualmente cruel—. Sin embargo, Lily os puede sacar del agujero en el que estáis metidos. Podría proporcionaros una pensión.

—Nosotros no nos hemos metido en ningún agujero, Rico, tú nos han enterrado, tú nos metiste en el agujero el día que le compraste a tu padre su parte de la empresa por una miseria. Sabías que la empresa iba a ir mucho mejor y que iba a dar mucho dinero. Y encima tienes las agallas de decirnos que tenemos problemas económicos, cuando eres tú el que nos ha metido en ellos. Eres tú el que tiene las manos manchadas de sangre.

Catherine dirigió su mirada a Rico, como si esperara que dijera algo, algo que le defendiera de las viles acusaciones de Antonia. Pero él permaneció allí, impasible, sin una gota de sudor en la frente.

Aquélla no fue la primera vez que Catherine se preguntó en lo que se había metido y en lo que Rico sería capaz de hacer para conseguir lo que él asumía que era suyo. Pero Rico no se defendió.

—Antonia, el tema no es ése. El tema es el futuro de Lily y su bienestar y yo soy más que capaz de proporcionárselo.

—¿Tú? ¿Un hombre que ha tenido miles de novias? ¿Un hombre que se pasa la mayor parte del día en la oficina? ¿Te vas a comunicar con ella por e-mail? —le preguntó Antonia con ironía.

—Y tú eres una experta en cuidar niños, ¿verdad, Antonia? —dijo Rico con un enorme sarcasmo.

—Tú tenías dieciocho años cuando me casé con tu padre y fui buena contigo —dijo Antonia con convicción.

—Te equivocas. Y sí, yo tenía dieciocho y ya podía hacer mi vida y alejarme de la mujer que no sólo había destrozado el matrimonio de mi madre, sino su vida. Pero Marco tenía doce años, era un niño de doce años al que tú trataste como si fuera basura. En cuanto te viniste a vivir con nosotros, lo enviasteis a un colegio interno. Al mes siguiente. Al mes siguiente, Antonia —insistió Rico —. No esperaste mucho para deshacerte de mi hermano. ¿Es eso lo que quieres para Lily?

—Ella es un bebé y le queda mucho para ir al colegio, así que ése no es el asunto. Tú no te la vas a quedar, Rico. Lucharé hasta el final. Tu hermana habría querido lo mejor para su hija,

¿no crees, Catherine? Dejemos el dinero de lado un momento. Los niños tienen que tener un padre y una madre. Aunque suene pasado de moda, creo en ello firmemente, como supongo que creerán los tribunales…

—Por una vez estamos de acuerdo en algo —dijo Rico—. Por cierto, ¿no notas nada, Antonia? —le preguntó Rico mientras sostenía la mano de Catherine en las suyas. ¿No nos vas a felicitar, padre? ¿Antonia, no le vas a dar la bienvenida al nuevo miembro de la familia Mancini? Tienes razón, los niños merecen tener un padre y una madre y, dado que yo tendré una adorable esposa en casa, estoy seguro de que los tribunales no dudarán en darnos la custodia

total. Antonia, padre, permitidme que os presente a mi mujer.

—¿Tu mujer? —exclamó Antonia con incredulidad—. ¿Cuándo os habéis casado?

—Esta mañana —respondió Rico—. Comprenderéis que no hemos tenido tiempo para enviar las invitaciones, pero supongo que nos podréis dar la enhorabuena, ¿verdad? —dijo Rico con ironía antes de salir de la habitación.

—¡Nunca! —exclamó Antonia—. Te está utilizando, Catherine, tú también saldrás mal de todo esto.

—Por favor, Antonia —dijo Catherine—, no me amenaces.

—No te estoy amenazando, querida, no es de mí de quien tienes que tener miedo. Yo sólo quiero lo mejor para Lily.

—Y yo también. Y creo sinceramente que esto es lo mejor que podemos hacer.

—¿Puedo verla por lo menos? —dijo Antonia con lágrimas en los ojos—. Por favor, no la mantengas apartada de nosotros mientras dure el juicio. Pase lo que pase entre las familias, deberíamos poder verla.

—Desde luego —contestó Catherine sintiendo pena por ella al ver en lo que había quedado reducida—, Lily tiene que estar rodeada de gente que la quiera.

—Y yo la quiero —dijo Antonia—. Por mucho que Rico diga de mí, yo la quiero. Sólo te pido que lo recuerdes.

—Tengo que irme. Rico me está esperando.

—Es de Rico del que tienes que tener cuidado. Te está utilizando y cuando termine, te tirará a la basura. Te dejará sin nada.

—Soy la tía de Lily —dijo Catherine.

—Eres un peón, querida, un peón en el juego de Rico.

Capítulo 6

YA SÉ que todo te parece un poco extraño, pero pronto te acostumbrarás. Catherine ni siquiera intentó responder mientras entraba en el enorme hall de mármol con sus tacones altos y su traje oscuro acorde con su estado de ánimo.

Las palabras de Antonia le retumbaban en los oídos mientras que a la vez intentaba asumir su nueva vida.

Y él la observaba. A pesar de que se tenía que ocupar de Lily, su verdadera preocupación aquella noche era Catherine. Deseaba acercarse a su nueva mujer y cubrirla de besos. Le quería decir lo que había en su corazón, pero sabía que ése no era el momento.

Un matrimonio sin amor. Eso era lo que habían acordado y así es como debería ser. Pero él no podía dejar de admirar aquel cuerpo perfecto y aquellos ojos que en ese momento sólo reflejaban tristeza. Deseaba tenerla en sus brazos, hacer desaparecer toda su pena y decirle que comprendía perfectamente el infierno que había pasado con su familia.

Pero, aunque sus ojos mostraron adoración por ella, también reflejaron preocupación cuando la vio entrar en el vestíbulo.

En ese momento ella lo miró directamente por primera vez aquel día y él no pudo evitar notar la falta de luminosidad en aquella mirada.

Sólo los labios parecían dar un poco de alegría a aquel rostro, pero incluso ellos parecían haber palidecido. El sólo quería consolarla, pero parecía que en aquel momento ella no lo quería ni lo necesitaba.

—Voy a ver qué tal está Lily —dijo Catherine con sequedad al dirigirse hacia las escaleras.

—Jessica dijo que estaba durmiendo. Quizá sea mejor no

molestarla —contestó Rico suavemente.

—Jessica es su niñera. Pensaba que los besos de buenas noches me correspondían a mí.

—Catherine —dijo Rico acercándose a ella—, acabas de perder a tu hermana y de cambiarte de casa…

—Y me acabo de casar. Te has olvidado de mencionar que nos hemos casado esta mañana. Pero, ¿cómo te ibas a acordar? No ha sido la ceremonia del siglo —dijo Catherine con resentimiento.

Ella nunca había sido una de esas mujeres que habían soñado con su boda desde la infancia, pero tampoco había deseado casarse en una fría oficina del registro civil en medio de la ciudad.

—Ha sido como tú querías.

—Pero no esperaba que fuera tan… —dijo Catherine.

—Mira, ya sé que ha sido una boda rápida y demasiado sencilla, pero si quieres lo podemos hacer otra vez. Cuando las cosas se hayan asentado, podemos tener la boda que tú quieras, la boda que te mereces. Le diré a mi secretaria que te consiga los mejores organizadores de bodas. Ellos te pueden poner en contacto con los diseñadores y con todas las personas que necesites.

Catherine sabía que Rico estaba intentando ayudar. Él estaba acostumbrado a solucionarlo todo con su talonario de cheques. Pero su dolor era demasiado profundo.

Simplemente él no lo entendía. Y probablemente no lo entendiera nunca A ella no le importaban ni la falta de lujos y grandeza, ni las ropas con las que se casaron, ni el concejal impasible. Todas esas cosas no le importaban en absoluto.

Si Rico la hubiera amado, si sus ojos la hubieran adorado al hacerla su esposa, si su mano hubiera acariciado la suya mientras firmaban el libro del registro, la boda habría sido todo lo que ella hubiera deseado.

Su boda habría sido mágica.

—Voy a ver qué tal está Lily —dijo Catherine con frialdad.

—Deja a Lily ahora. ¿Por qué no tomamos algo?

—Yo no quiero tomar nada.

—Bueno, pues date un baño.

—Lo haría si supiera dónde está el cuarto de baño —dijo ella con una seca ironía que desesperó a Rico.

—Catherine, por favor —dijo Rico con impaciencia.

—¿Qué pasa, Rico? ¿No estoy haciendo bien el papel de recién casada? ¿Estás decepcionado porque no quería pasar el umbral de la puerta en tus brazos? ¿Estabas esperando que tomara un buen baño y que después me pusiera algo más cómodo?

—Por supuesto que no… —empezó a hablar Rico, pero Catherine no había terminado todavía.

—Ya tienes lo que quieres. Yo he cumplido mi parte del trato, pero no esperes que esté contenta —dijo Catherine arrepintiéndose de su resentimiento a medida que hablaba.

Ella no quería ser así, no quería que la situación fuera cada vez más incómoda para ninguno de los dos. Pero era como si no lo pudiera evitar.

Las horribles acusaciones de Antonia todavía le retumbaban en la cabeza.

Le habría encantado escaparse durante unos días y poder digerir todo lo que había pasado, asimilarlo y ponerlo en orden. Convertirlo en algo con lo que ella pudiera tratar. Pero en ese momento ya era una madre y nada de lo que le rodeaba le era familiar. Todas sus pertenencias habían sido sacadas de su piso en un solo día y su permiso en el trabajo había sido solucionado con una simple llamada de teléfono.

Incluso su nombre era diferente: Catherine Mancini.

Catherine Mancini que vivía en una casa enorme con sirvientes y niñeras. Catherine Mancini que tenía un bebé al que cuidar. Catherine Mancini, esposa de un hombre que, en otras circunstancias, nunca se habría casado con ella.

—Deja a Lily, por favor, Catherine. Si la despiertas ahora, tardará horas en volverse a dormir y los dos estamos exhaustos.

—De acuerdo, tal vez me dé un baño —dijo ella con sequedad, sin apenas mover los labios y sin mirarlo a los ojos—. Después me iré a la cama. ¿Me puedes enseñar dónde voy a dormir?

—Desde luego —dijo él mientras se dirigían hacia el piso de arriba. Cuando entraron en la habitación, Catherine se quedó sorprendida al ver el tamaño de la cama y los enormes ventanales con unas fantásticas vistas de Melbourne—. Incluso te voy a preparar el baño.

Preparar un baño.

Parecía que para Rico aquello fuera un esfuerzo enorme.

Seguramente ésa sería la primera vez que lo hacía.

Catherine lo observó mientras él permanecía a lado de la enorme bañera y depositaba un gel espumoso en su interior. Mientras Catherine miraba las burbujas, se imaginaba a sí misma quitándose la ropa e invitando a Rico a que se bañara con ella. Pero en ese momento lo único que sentía era que sus pies se le habían quedado pegados al suelo.

En realidad, no era la verdadera mujer de Rico, sólo era una solución a sus problemas.

—Supongo que habrá otra habitación —dijo Catherine—. Quiero decir… las cosas serían más fáciles para los dos si…

—¿Más fáciles? —exclamó Rico con una voz amenazante y tranquila—. ¿Piensas que el hecho de que mi mujer duerma en el piso de abajo hará las cosas más fáciles? Dime cómo, Catherine.

—Creo que sería más fácil si tuviéramos un poco más de espacio. Los dos sabemos que esto no es un matrimonio de verdad y que no… —dijo ella con un nudo en la garganta. Las mentiras le resultaban difíciles.

—¿Que no nos amamos quieres decir? —dijo Rico con una arrogancia que Catherine odiaba.

Se podía sentir la tensión en el ambiente y Catherine asintió nerviosamente, consolándose de que su mentira fuera solamente por omisión.

Amarse requería un compromiso por parte de los dos, un compromiso que Rico había prometido no cumplir nunca.

Pero, aunque ella lo amaba, también lo odiaba. Odiaba su arrogancia y la manera que tenía de pisotear a las personas que le deberían importar.

Había preguntas que necesitaban respuesta, preguntas que le habían estado invadiendo la cabeza desde el funeral. Necesitaba una explicación antes de continuar con aquella farsa.

Obligándose a sí misma, finalmente consiguió hablar.

—¿Es verdad lo que dijo Antonia? —preguntó ella después de unos instantes de silencio—. ¿Tú sabías que el negocio iba a mejorar cuando le compraste su parte a tu padre y a tu hermano?

—Sabía que había alguna posibilidad.

—Pero Antonia dijo…

—Olvídate de Antonia. Es como un demonio. Sus palabras son

veneno. Te dije claramente que no escucharas ni una palabra que ella dijera —dijo Rico con enorme vehemencia.

—¿Por qué no? ¿No se me permite tener mis propias opiniones, Rico? ¿Es esto como los viejos tiempos, cuando las mujeres tenían las mismas opiniones que sus maridos? —cuestionó Catherine con ironía.

—Estás malinterpretando mis palabras. Sólo te estoy diciendo que esa mujer no es buena —dijo Rico agarrándola de la muñeca y acercándola hacia él para hacerla escuchar. Catherine se soltó con brusquedad.

—Ya te oí la primera vez, Rico —gritó Catherine—, pero lo que yo veo es simplemente una abuela que quiere luchar para poder criar a su nieta.

—No es su abuela —le corrigió Rico inmediatamente. Pero Catherine se negó a aceptar sus palabras.

—Ni nosotros somos sus padres biológicos, pero eso no quiere decir que no amemos a Lily como si lo fuéramos. Y todavía no me has contestado a mi pregunta. ¿Le compraste a tu padre y a tu hermano su parte sabiendo las posibilidades del negocio? —preguntó ella con insistencia.

—Fue hace muchos años —dijo Rico. Movía las manos con gestos bruscos. Parecía un tigre enjaulado—. ¿Por qué demonios lo tenemos que remover? ¿En qué nos afecta eso ahora? Ellos no tenían la obligación de vender.

—¿Del mismo modo que yo no tenía la obligación de casarme contigo? Estoy segura de que hiciste lo posible para que su única opción fuera vender. Además, no digas que eso no nos afecta ahora, Rico. La manera en que trataste a tu familia en el pasado me puede servir para saber cómo me tratarás a mí en el futuro. No estoy segura de querer estar casada con un hombre que engañó a su familia —dijo Catherine esperando una explosión de furia por parte de Rico.

Pero esa explosión no llegó.

Rico permaneció en silencio. Sus ojos estaban llenos de furia y Catherine se agarró como para esperar el impacto de su respuesta.

Finalmente contestó con tranquilidad.

—Hablas como si todavía tuvieras alguna opción, Catherine. ¿Quieres que te recuerde que tenemos un compromiso legal? Lo que

firmaste no es una tarjeta de cumpleaños o una carta cualquiera que puedas romper —dijo acercando su cara a la de Catherine—. Ahora eres mi esposa con todas las consecuencias.

—No esperarás que durmamos juntos, ¿verdad?

—Recuerdo que en el hotel compartimos una habitación los dos juntos. Y no recuerdo que en ese momento necesitaras espacio.

—Era diferente. Estaba confundida, sola… —dijo Catherine deseando que él la sostuviera en sus brazos y le dijera que no sólo la quería en su cama por las apariencias. Habría ido a él sin dudarlo.

—No ponga excusas, Catherine.

—No puedo hacerlo, Rico. Por favor, no me obligues —dijo ella.

Sus ruegos eran auténticos. Sabía que le hacía falta muy poco para caer en los brazos de Rico y traicionarse a sí misma con las palabras que él no quería oír.

O quizá sí quería, pensó Catherine.

—No tenemos elección. ¿Te has dado cuenta de los periodistas que había cuando veníamos a casa? ¿Crees que han hecho sus fotos y se han ido? Ya no creen en los cuentos de hadas y estarán todos al acecho para ser los primeros en demostrar que nuestra historia es falsa. No te fíes ni del servicio, Catherine. Sólo confía en mí.

—¿Y se supone que eso me debe hacer sentir mejor? —dijo ella con el pulso acelerado—. Me duele la cabeza.

—¡No me digas! —dijo Rico con ironía.

—¿No es eso lo que normalmente le pasa a las esposas?

—Creo que sí, pero después de que el matrimonio sea consumado.

—¿Te preocupa que si no dormimos juntos pueda pedir una anulación?

—Nunca me preocupo por los pequeños detalles, tengo muchos abogados que lo pueden hacer por mí. Y además, no creo que te concedieran la anulación por eso cuando sólo hace unos días rogabas ir a la cama con el novio —dijo él con tono de burla que visiblemente molestó a Catherine.

—Yo nunca te rogué nada.

—¿Ah, no? —dijo Rico. Su cuerpo inamovible levantó el deseo en Catherine, el sólo hecho de pensar en su cuerpo desnudo la excitaba y sabía que a él le pasaba lo mismo—. Yo no lo recuerdo así.

—No creas que siempre vas a ganar, Rico. Todavía no me he despedido del trabajo definitivamente y puedo volver a mi antigua vida en cualquier momento. ¿Pero por qué me iba a molestar cuando siempre existe la posibilidad del divorcio? Ante un tribunal tendrán más en consideración a la señora Mancini que a la señorita Masters.

—¿Es ésa la única razón por la que accediste a ser mi esposa?

—Ésa es la única razón —dijo Catherine con firmeza.

—Esa noche me deseaste —insistió él.

—Yo no estaría tan segura, Rico —dijo Catherine con una mezcla de amenaza y seducción. La mujer dulce había desaparecido de repente.

Rico permanecía paralizado mientras observaba cómo ella se desvestía con lentitud, cómo se soltaba el pelo y se desabrochaba los botones de su blusa mientras lo ignoraba por completo, totalmente decidida a no ser intimidada por él. Por primera vez en esa relación Catherine sintió el poder de ser una mujer—. ¿A qué siciliano le gustaría que en un tribunal se expusiera su falta de capacidad sexual? ¿A qué siciliano le gustaría que todo el mundo supiera que una noche con una mujer había bastado para que ella se asegurara de que fuera la última? —dijo ella.

Se desabrochó la falda y la dejó caer hasta los tobillos. En otras circunstancias se habría sentido totalmente estúpida al permanecer de pie con las medias y los tacones altos y con los pechos cubiertos por su delicada ropa interior negra.

Pero el elegante y bien cortado traje de Rico no pudo ocultar su excitación y Catherine lo miró con superioridad mientras se desabrochaba el sujetador.

—Mientes —dijo él totalmente excitado—. Tú disfrutaste aquella noche.

—¿Ah, sí? —dijo ella mientras se metía lentamente en el baño —. Estoy segura de que Marco pensaba lo mismo cuando Janey decía su nombre.

—Eres una…

—¿De qué te sorprendes, Rico? Siempre has pensado que soy una aprovechada y que sólo estoy aquí por el dinero. Y ahora que finalmente has conseguido que lo admitiera parece no gustarte — añadió Catherine mientras él permanecía sin moverse, lleno de

furia.

—Catherine… —dijo en tono de advertencia.

—Lily es mi única prioridad, Rico, no este matrimonio ni desde luego tú. Si crees que sólo voy a ser un peón…

—¿Crees a Antonia? Después de todo lo que he dicho, ¿de verdad todavía eliges creerle a ella?

—Yo no creo a nadie, pero, si piensas que no voy a luchar, está equivocado. Catherine Masters ya no existe. Ahora soy Catherine Mancini, con todo lo que ello conlleva.

Capítulo 7

ESPERÓ a la mañana. Mientras permanecía tumbada en la enorme cama, se moría de deseo, literalmente se moría de deseo, de recostar la cabeza sobre su pecho, de sentir sus brazos alrededor de su cuerpo y de retractarse de todo lo que había dicho.

Pero había demasiado en juego. Podía perder demasiado por un momento de debilidad. Así que decidió permanecer quieta. La luna iluminaba la habitación y parecía que era de día. Escuchaba los ruidos de la casa con nerviosismo hasta que al final consiguió que su respiración se tranquilizara.

Un pesado brazo se movió hacia ella, instintivamente acariciando la curva de su cintura hasta que ella se giró hacia él.

Nunca había visto a Rico dormido antes. Nunca había sido testigo de la belleza de su rostro sin tensión. Sus labios sensuales estaban medio abiertos, relajados. Las largas y oscuras pestañas parecían abanicos sobre sus mejillas y él parecía más joven, más tierno, pero tan apetecible que Catherine se tuvo que reprimir sus fuertes deseos de besarlo, de posar sus labios sobre los masculinos.

En lugar de eso, lo observó con admiración, absorbiendo su belleza y capturando la imagen deliciosa de un marido que tan sólo era suyo en los papeles.

Movió la vista hacia la sábana arrugada que de manera precaria cubría su virilidad y tuvo que cerrar los puños con fuerza para no descubrir aquello que tanto deseaba. Y lo que más la aterrorizaba era que él respondería. Existía una atracción innegable que podía con todo. Entre sueños, el cuerpo de Rico se aproximaría al suyo y su miembro se endurecería y se despertaría para ver que Catherine lo tenía entre sus manos.

No estaba segura de lo que pasaría después.

Se preguntaba si un matrimonio podría sobrevivir sólo por el sexo y si la fuerte atracción sería suficiente para poder sobrellevar todo lo demás. Pero ella tenía amor. ¿Sería suficiente para los dos?

Estaba tan excitada que pensó que el llanto que llenó sus oídos procedía de ella misma. Finalmente se dio cuenta de que era Lily. Se levantó y se dirigió a su habitación. Se encontró a Jessica en la puerta.

—Siento que la haya despertado, señora Mancini —dijo Jessica —. Estaba calentando un biberón. Ya me ocupo yo de ella.

—Yo lo haré, Jessica. No me importa levantarme en mitad de la noche.

—Pero Janey siempre… —dijo Jessica sorprendida mientras entraban en la habitación.

Lily estaba llorando y Catherine la intentó calmar en sus brazos. Miraba a Jessica con timidez sin saber exactamente lo que tenía que hacer. Lily extendía los brazos y sollozaba angustiada.

—Creo que quiere estar contigo —le dijo Catherine a Jessica al ver que Lily seguía llorando y que se negaba a tomar el biberón con ella.

Se sentía vencida por el rechazo de Lily, por sus lágrimas.

—No, no es eso. Sólo quiere que le cambiemos el pañal. Le gusta que se le cambie el pañal antes de tomar el biberón. Después ya no tiene problemas —le dijo Jessica con seguridad al ver la expresión de preocupación en el rostro de Catherine.

—¡Claro! —exclamó Catherine con entusiasmo mientras intentaba cambiar con torpeza a Lily.

Todavía no se había acostumbrado a manejar a la pequeña y, aunque en realidad quería que Jessica se marchara, que no fuera testigo de su torpeza, le aterrorizaba quedarse sola con Lily.

—Ya se acostumbrará —dijo Jessica con amabilidad—. Ahora la dejo sola con ella —añadió. Pero Catherine se dio cuenta de que Jessica seguía ahí.

—¿Quieres algo, Jessica?

—¿Señora Mancini? —dijo con voz dubitativa.

En otras circunstancias Catherine se habría acercado a ella, pero sabiendo de lo que iban a hablar, no podía hacerlo.

—¿Sí, Jessica?

—Sobre aquella noche y la pelea que tuvimos con Janey…Me

siento tan culpable.

Deliberadamente Catherine no se giró hacia ella. Deliberadamente se concentró en los pañales de Lily.

—No tienes que sentirte culpable de nada —dijo Catherine con la voz alta—. Ninguno de nosotros se tiene que sentir culpable. Janey y Marco se estaban pasando de la raya y teníamos que decir algo.

—Pero si yo no me hubiera despedido aquella mañana…

—Esto no es culpa tuya y darle vueltas a las cosas no va a cambiar nada. Ahora lo importante es Lily.

Finalmente Catherine miró a Jessica a los ojos.

—Ya lo sé, pero…

En ese momento Catherine no necesitaba aquello, no quería estar allí a las dos de la mañana intentando averiguar lo que en realidad quería decirle Jessica.

Pero tampoco podía terminar la conversación sin más.

—Pero, ¿qué? —le preguntó a Jessica con impaciencia.

—Janey me rogó que me quedara —dijo Jessica. Las lágrimas no dejaban de rodarle por las mejillas y Catherine sintió deseos de unirse a ella en su llanto, pero sabía que tenía que ser fuerte si quería sobrevivir—, me juró que iba a cambiar, que los dos iban a cambiar. Dijo…

—¿Que las cosas serían diferentes? ¿Que aquélla sería la última vez? Jessica, déjame decirte que he perdido la cuenta de las veces que Janey me dijo lo mismo a mí, de las veces que me ha jurado que las cosas iban a cambiar. Lo último que necesitamos ninguna de las dos es sentirnos culpables. Janey tomó sus propias decisiones y desgraciadamente nosotras somos las que estamos pagando las consecuencias. No tienes nada por lo que sentirte culpable, Jessica. No quiero oír ni una palabra más sobre lo que se dijo aquella noche. Nosotras no hicimos nada malo —dijo Catherine con vehemencia, esperando que Jessica la creyera.

Observó cómo la niñera asentía con la cabeza.

Vio sus hombros hundidos y cansados mientras salía de la habitación y sabía que en aquel momento no la podría consolar con nada.

Jessica salió de la habitación y cerró la puerta.

Catherine se sentó en la mecedora que ella y Rico habían elegido

junto a los demás muebles de la habitación del bebé.

Todo parecía como un decorado para una película. Todo era nuevo, todo estaba preparado para el espectáculo de aquella noche.

Pero en aquel momento Catherine se sentía que era la peor actriz del mundo.

Lily dejó escapar un leve gemido que Catherine intentó calmar acercándola más hacia ella.

Intentaba con dificultad demostrarle todo el afecto que pudiera mientras sentía el cuerpecito de su sobrina apretado contra su pecho y sentía cómo su pelo le acariciaba el cuello mientras ella la abrazaba.

Pero Catherine no podía evitarlo.

Era simplemente la sustituía de su madre. Una mala sustituta.

Capítulo 8

LA PRIMERA reacción de Rico al ver la almohada vacía fue de pánico, pero se obligó a permanecer tumbado durante unos minutos.

Aguzó su oído esperando oír su voz, o pensando que saldría del baño en cualquier momento y volvería con él. Pero al extender la mano por la cama y sentir la frialdad de las .sábanas, se confirmaron sus perores temores: había dormido solo.

Se movía con deliberada lentitud.

Se tomó su tiempo para ducharse, para vestirse, resistiéndose a su necesidad de encontrarla, de saber dónde se había estado escondiendo.

Abrió la puerta de la habitación de Lily y al entrar se quedó mirando a las dos nuevas mujeres de su vida. Lily parecía dormir felizmente, sin pensar en nada más que en cuando le tocaba comer.

Pero no fue la belleza de Lily lo que mantuvo su mirada, sino la de Catherine.

Rico frunció el ceño con preocupación. Catherine estaba muy pálida y tenía una mala postura en la dura silla. Por unos momentos la mujer que le había dicho aquellas cosas tan terribles la noche anterior había desaparecido y se había convertido en un recuerdo lejano. Parecía tan inocente como Lily.

Se movió hacia ellas y puso a Lily en su cuna antes de volver a dirigir la atención hacia su mujer. Catherine se despertó y miró a su alrededor desconcertada.

—Así que es aquí donde te has estado escondiendo —dijo Rico con un tono suave e inesperadamente tierno.

—Lily se despertó... —dijo con ansiedad al ver que ya no la tenía en sus brazos.

—La he puesto en la cuna.

—Creía que se me había caído —dijo ella aliviada.

—No seas tonta —dijo él mientras admiraba el cuerpo de Catherine al estirarse perezosamente. Rico sintió cómo se le aceleraba la respiración y con un esfuerzo enorme intentó desviar su atención de ella.

—¿Vas a trabajar? —le preguntó.

Catherine sabía que aquélla era una pregunta tonta. Rico sólo se vestía así para ir al trabajo. Llevaba su caro y elegante traje, que reflejaba perfectamente su riqueza y su éxito.

—Sí, sólo he venido a darle un beso a Lily antes de irme. Estaré en casa sobre las siete. Dile a Jessica que yo bañaré a Lily. ¿Qué vas a hacer hoy?

—No sé, supongo que iremos a dar un paseo, iremos de compras…

—Toma —dijo Rico dándole unos billetes que Catherine no aceptó.

Catherine se sintió molesta.

—Cuando dije compras, me refería a un helado o algo así. Creo que para eso me llega.

—No seas ridicula, Catherine. Mandaré que hagan unas tarjetas a tu nombre, pero de momento tendrás que utilizar dinero.

—Yo tengo mi propio dinero, Rico —protestó Catherine.

—¿Entonces de qué estabas hablando anoche? Creía que ya eras una Mancini.

—Señora Mancini, no habrá estado aquí toda la noche, ¿verdad? —exclamó Jessica entrando de repente en la habitación.

—Claro que no —mintió Catherine—, no te preocupes. Sólo he venido a ver si estaba bien y Rico quería darle un beso antes de irse a trabajar.

—Bueno, me voy. Adiós, cariño —dijo Rico mientras se dirigía a besar a su mujer a pesar de la mirada de furiosa advertencia de Catherine—. Adiós —dijo él de manera triunfante después de haber conseguido besarla.

Rico se merecía un Osear. Jessica, acostumbrada a ser ignorada, permaneció educadamente mientras él atraía a Catherine hacia sus brazos y la besaba con ardor. Le acarició los labios con la lengua mientras con una mano le agarraba el pelo con suavidad. Ella podía

sentir el frío metal de su reloj en su cuello y cuando él la dejó de besar, ella tuvo que reprimir sus instintos más básicos para no corresponderle.

Catherine pensó que aquello no era ninguna farsa, que él estaba disfrutando de aquel beso y que disfrutaba verla humillada. Pero ella astutamente decidió seguirle el juego a Rico.

—¿Cariño? —dijo ella siguiendo la actuación—. Dijiste que me ibas a dejar dinero… —ella vio cómo la expresión de triunfo de Rico desaparecía, pero ella lo miraba con una sonrisa irónica mientras él le entregaba el dinero. Una sonrisa irónica que escondía sus lágrimas—. Vuelve pronto a casa, Rico.

Capítulo 9

DEBERÍA haber sido perfecto. Todos lo días se recordaba a sí misma que su situación debería ser perfecta. Tenía una casa bonita, Lily crecía perfecta y sana y tenía un marido al que amaba.

Pero en realidad se sentía como una prisionera.

Todo parecía muy bonito en las revistas.

Rico ya le había dado la respuesta. A pesar de que llevaban juntos ya dos semanas, la prensa seguía a las puertas de su casa día y noche. Era difícil de creer que después de dos semanas el interés del público no hubiera desaparecido.

Pero, ¿por qué iba a cesar el interés del público?

Catherine no se sorprendía. Ella misma devoraba las revistas del corazón y después de todo los Mancini les daban mucho material: la batalla legal por Lily, las entrevistas que Antonia daba en todos lo medios de comunicación y que Rico leía sin comentarios antes de tirarlas a la basura.

Aunque, naturalmente, cuando él se iba al trabajo, Catherine las recuperaba intentando saber más cosas de Rico.

Su corazón se deshacía cuando veía una foto de él, moreno y pensativo, subiéndose a su coche, con una ligera sonrisa y con los ojos escondidos tras las gafas de sol, sin dar demasiadas explicaciones a la prensa.

Desde que habían llegado a la casa, habían marcado muy bien las líneas de separación entre ellos y Catherine no podía dejar de regañarse a sí misma por su forma de haber arreglado las cosas. Una vez tras otra ella intentaba hablar con él.

Pero una vez tras otra él la había rechazado.

—Los abuelos de Lily están en la puerta —dijo Jessica interrumpiendo los pensamientos de Catherine—. No sabía si debía

dejarlos pasar o no.
—Déjalos pasar —dijo Catherine, a pesar de que su primer instinto fuera decir no.
Tuvo la idea de llamar a Rico para preguntarle lo que pensaba él, pero pensó que si se quería formar una opinión personal de lo que en realidad pasaba, debía escuchar lo que ellos tenían que decir y dejar de fiarse de lo que decían las revistas. Quería saber cuál era la verdadera historia.
—Catherine exclamó Antonia mientras se dirigía hacia ella.
Catherine se sorprendió de verla vestida de una manera mucho más sencilla que la última que vez que la había visto. Apenas llevaba maquillaje y su sonrisa parecía auténtica.
—Hola, Antonia. Bienvenida.
—Te agradezco tanto que nos hayas dejado pasar.
—No quiero mantener a Lily apartada de su familia —dijo Catherine mientras sonreía al bebé.
Carlos y Antonia se arrodillaron en el suelo para contemplar mejor a Lily. Antonia le acariciaba los deditos de los pies y toda su agresividad parecía haber desaparecido como por arte de magia.
—Es preciosa, ¿verdad? —dijo Antonia con entusiasmo. Parecía una mujer completamente distinta a la que se había enfrentado Catherine en el funeral.
Agarró al bebé y después lo puso en brazos de su marido. A pesar de lo que Rico dijera, Catherine pudo percibir amor verdadero en los ojos de Carlos.
—Sí, es preciosa, Antonia —dijo él con ternura.
—¿Puedo ver su habitación? —preguntó ella.
Aquélla era una petición obvia. Era el tipo de cosa que cualquier abuela pediría. Catherine aceptó.
—Desde luego. Dejaremos a la niña con Carlos —respondió Catherine.
—Supongo que sabré arreglármelas —dijo él con humor.
—Carlos estará bien —le dijo Antonia a Catherine mientras subían las escaleras.
—Sí, no te preocupes —le dijo Catherine. —Estaba deseando ver a Lily. Y yo también. Me encantan los bebés, especialmente las niñas…
—¿Tú tienes hijos, Antonia?

—No. Mi primer marido y yo no conseguimos tener. Cuando me casé con Carlos, pensé… —Antonia se detuvo un instante mientras contemplaba la habitación y veía una foto de Janey y Marco sobre la mesilla de noche—. Creo que fui una ingenua. Pensaba que todo iba a ser muy sencillo, pero no fue fácil sustituir a Bella Mancini, especialmente con sus hijos.

—Debió ser muy duro para ti.

Catherine se sentó en la mecedora y pensó que estaba empezando a sentir algo de afecto

—Sí, lo fue. Pero no me quejo. Carlos fue maravilloso y cuando Marco se fue al… —dijo Antonia sin terminar la frase.

—¿Por qué mandasteis a Marco al internado?

—Marco estaba fuera de control. Su madre trabajaba y lo había dejado hacer lo que quisiera. No es que esté en contra de las madres que trabajan, pero Bella se pasaba la vida en la oficina. Rico era inalcanzable. Tenía dieciocho años cuando me casé con Carlos. Intenté acercarme a él, pero no creo que te tenga que explicar lo reservado que es. Y en cuanto a Marco, pensamos que lo mejor era enviarlo a un internado en el que lo acostumbraran a la disciplina… —dijo Antonia ya con lágrimas en los ojos—. Quizá cometí un error, pero en ese momento… Esperaba hacer las cosas mejor con Lily. Quería demostrarles a Carlos y a Rico que puedo ser una buena madre. Ya sé que a Rico no le va a gustar que nos hayas dejado pasar, pero yo quiero darte las gracias.

Antonia buscaba su pañuelo para secarse las lágrimas y Catherine se compadeció de ella. Realmente había dos historias.

—No hay de qué —dijo Catherine con sinceridad. Cuando fue a levantarse, tuvo la sensación de que la habitación empequeñecía y se tuvo que agarrar con fuerza a la cuna al sentir una enorme nausea.

—Querida, ¿estás bien? Estás pálida.

—Estoy bien —dijo Catherine—. Sólo estoy un poco cansada.

—Quédate aquí a descansar, no salgas con nosotros a la puerta.

—Estoy bien —insistió Catherine.

—Estás exhausta, querida.

—Sí, debe ser eso, Antonia.

Cuando se quedó sola, Catherine frunció el ceño con preocupación mientras mantenía las manos sobre su estómago.

Empezó a pensar en una fecha, a intentar recordar cuándo había sido la última vez que… Había estado en el trabajo, de compras… quizá fue el día veintidós…

Golpeaba con los dedos los brazos de la mecedora mientras hacía sus cuentas e intentaba ignorar la posibilidad que cada vez era más probable, una verdad que no podía ser ignorada aunque quisiera.

No sabía cuánto tiempo había permanecido allí sentada. Pero hacía mucho tiempo que Jessica se había llevado a Lily a dar un paseo y las sombras de la tarde habían empezado a penetrar en la habitación.

Finalmente, Catherine se dirigió a su habitación y se quedó tumbada en la enorme cama de matrimonio como un animal herido, intentando imaginarse la reacción de Rico cuando le contara lo que había pasado.

Intentando imaginarse su propia reacción a una posible noticia. Su matrimonio ya era para siempre.

Capítulo 10

PENSABA que hacía falta tener un hijo para tener depresión posparto —dijo Rico. Abrió las cortinas del dormitorio, abrió el armario y sacó uno de los vestidos caros que había en su interior—. No me digas que estás otra vez cansada-protestó.

Y tenía razón.

Desde la visita de Antonia, Catherine pasaba la mayoría de sus días en el dormitorio, intentando pensar en un plan para decirle a Rico lo que tenía en su cabeza, intentando reunir fuerzas y valor para contarle lo que le estaba sucediendo.

Pero no era sólo la reacción de Rico lo que le preocupaba, era la suya misma lo que realmente la aterrorizaba.

¿Cómo podía contemplar tener otro bebé cuando ni siquiera se había acostumbrado a tener a Lily?

—Estoy aburrida, Rico —dijo ella sin atreverse a mirarlo a los ojos consciente de su aspecto descuidado.

—¿Por qué no te vas al parque con Lily? Hace un día precioso.

—Sí, ya lo sé, pero ya he estado en el parque dos veces hoy. He ido a tomar un café y también he estado en la biblioteca porque estaban contando cuentos para niños. Quiero volver a trabajar, Rico.

—No, no vas a trabajar.

—Me estoy volviendo loca —dijo Catherine intentando pasar la mano por su pelo despeinado.

—Podrías ir a la peluquería e intentar preocuparte un poco más de ti misma —dijo Rico con crueldad.

Esas palabras hirieron a Catherine profundamente.

Sabía que en las dos últimas semanas se había descuidado mucho, pero Rico salía de casa al amanecer y volvía a casa muy

tarde y eso le quitaba las ganas de estar atractiva para él. Además, cuando llegaba a casa todos los días, lo primero que hacía era subirse las mangas de la camisa, prestar un poco de atención a Lily y después desaparecer en su estudio.

Ella podría haber estado vestida con un saco y él no se habría dado cuenta.

—No estoy hecha para esto. Yo siempre he trabajado, igual que tú, y me gustaba mi trabajo. Imagina que tuvieras que dejarlo, imagina que estuvieras todo el día solo en esta casa.

—No estás soja. Tienes a Lily.

—Ya lo sé. Pero de verdad creo que sería una madre mejor si pudiera trabajar, aunque fuera media jornada.

—¿Crees que necesitamos dinero? —preguntó él con sarcasmo.

—No, pero yo necesito algo más.

—Catherine, éste es un intento patético para decirme que no estás conmigo por mi dinero, que realmente te gustaba tu vida anterior.

—Y me gustaba. Me gustaba más que la que tengo ahora. Estoy harta de estar rodeada de criados y de que me hagan todo. Estoy harta de estar dando vueltas por una casa enorme todo el día sin nada que hacer. Rico, quiero cocinar mis propias comidas y si me apetece… Rico, sólo quiero acostumbrarme a mi nueva familia a mi manera y ser una mujer y una madre normal. Yo sé lo que te preocupa. Tienes miedo de que yo sea como tu madre.

Catherine movía la cabeza con frustración al ver que Rico no la comprendía. Deseaba desesperadamente que él la entendiera.

—¿Qué tiene que ver mi madre con todo esto? —dijo Rico furioso—. ¿Quién te ha estado contando historias? Te tragas todas las revistas y, aunque yo te ordene lo contrario, sigues insistiendo en invitar a Antonia… ¿Te crees que no sé que Antonia ha estado aquí?

—Es la abuela de Lily.

—Es la putaña de mi padre, ni más ni menos.

Su furia era palpable, era como una bomba que podía explotar en cualquier momento. Pero Catherine tenía que llegar a él, no podía continuar con ese falso matrimonio.

Ella sabía que aquél era el momento de que hubiera cambios si querían avanzar.

—Quiero volver al trabajo —dijo Catherine con firmeza—. Seguiré estando aquí para lo que necesitéis Lily y tú.

—Ni siquiera últimamente has estado ni para mí ni para Lily. Estás siempre ahí tumbada, sintiendo pena de ti misma. He intentado entenderte, pero tú no pones las cosas muy fáciles.

—Antonia me dijo que tu madre…

—Ya me puedo imaginar lo que dijo Antonia, las mentiras que te ha estado contando. ¿Prefieres creerla a ella antes que a tu marido? Tú eres mi mujer, Catherine, y vas a empezar a comportarte como tal. Te vas a dar una ducha, te vas a arreglar y luego vamos a salir.

—No —dijo ella inmediatamente—. Por favor, Rico, de verdad que no me siento bien —le rogó Catherine.

—¿Qué te pasa? —dijo él cambiando la expresión por una de preocupación.

—Es que…

—Vamos, Catherine, cuéntamelo. Si estás enferma llamaré a un médico.

—No necesito un médico, Rico —dijo ella mientras se dirigía hacia el baño.

—Pero si estás enferma…

—No estoy enferma. Es sólo que…

—¿El periodo? —dijo él con una naturalidad que chocaba con su machismo.

—Sí, por eso estaba tumbada. Me tiene que venir y no me encuentro bien.

—Lo siento. Debería haber sido más considerado.

—No pasa nada —dijo Catherine con una sonrisa falsa.

—Catherine, si tienes que decirme algo…

—No, no tengo nada que decirte —dijo ella con lágrimas en los ojos.

—¿Cuándo te tocaba el periodo?

—Hace unos días —contestó Catherine con un nudo en la garganta. No era capaz de mirarlo a los ojos.

—¿Entonces podrías estar embarazada?

—No lo sé. Llevo algunos días de retraso, pero puede ser por todo lo que ha pasado.

—Tienes que ir al médico.

—Es demasiado pronto…

—¡No! Voy a llamar a la consulta ahora mismo. Tenemos que saberlo.

Rico salió inmediatamente de la habitación. Catherine pensó que tenía razón, que lo tenían que saber. Se duchó y se vistió.

Tenían que saber en qué situación se encontraban.

Era la primera vez que salían juntos desde el funeral y el estado de ánimo que había en el interior del coche era igual de triste.

De vez en cuando ella abría la boca para hablar, para preguntarle a Rico qué le parecía todo aquello, pero la invadían los nervios y decidía no preguntarle nada.

Ella pensaba que un bebé era lo último que necesitaban, sabía que su relación no era verdadera. Y sin embargo… Catherine contempló el perfil de Rico y, como siempre que lo observaba así, se le aceleró la respiración.

Era muy fácil recordar cómo el la había rodeado con sus brazos y cómo la había adorado. Aquella noche siempre permanecería en su memoria, pero en ese momento, mientras apartaba su mirada de Rico y la dirigía hacia su estómago, adquiría mucho más significado.

—Ya hemos llegado —dijo él. Mientras se dirigían a la consulta a Catherine le temblaban las piernas, agarró la mano de Rico y entraron en la casa.

No era una consulta de médico como las que Catherine conocía. Pero ése era el mundo de Rico. No era nada parecido a las salas de espera llenas de gente.

Fueron dirigidos inmediatamente hacia un despacho donde se sentaron en unos enormes sillones de cuero mientras el doctor se presentaba.

—¡Rico! Me alegro de verte —dijo el doctor Malcolm Sellers—. Y ésta debe ser tu encantadora esposa. Pues la verdad es que yo también iba a llamaros. ¿Ha hablado la policía contigo, Catherine?

—No, no he estado en mi casa desde el funeral, ¿por qué?

—Ya tenemos los resultados de la autopsia.

—No es eso a lo que hemos venido, Malcolm —dijo Rico—. Estamos aquí por un asunto muy diferente.

—Aun así, me gustaría discutir los resultados con vosotros antes de que oigáis todo en los tribunales.

—Eso tendrá que ser en otra ocasión.

—Si eso es lo que quieres. Pero si tienes alguna pregunta, ya sabes dónde me tienes. Bueno, entonces, ¿quién es el paciente?

—Catherine —respondió Rico—. Nos gustaría que le hicieras una prueba de embarazo.

—Rico —dijo Catherine—. Se lo puedo contar yo. Se me ha retrasado el periodo, doctor.

—¿Eres normalmente regular?

—No llevo mucho la cuenta, pero estoy segura de que tengo un retraso de unos días. De todas formas, quizá sea todavía demasiado pronto para poder saberlo.

—Actualmente se puede decir desde bastante pronto. Rico, voy a examinar a Catherine, ¿puedes esperar fuera? —le ordenó el doctor. Rico salió de la consulta y Catherine y él se quedaron solos—. El problema al examinarte tan pronto es que es una época muy delicada en el embarazo. Normalmente le digo a mis pacientes que vuelvan después de una o dos semanas si no le ha bajado el periodo.

—Entiendo lo que me dice, doctor. Pero la verdad es que no necesito la prueba para saber que estoy embarazada —dijo Catherine con seguridad sabiendo cuál iba a ser el resultado.

—¿Entonces la prueba es por Rico? —preguntó el doctor mientras Catherine le daba un bote con la muestra para la prueba —. No me imagino a Rico dejándose guiar por la intuición femenina. Cuando era adolescente y venía aquí siempre me preguntaba el porqué de las cosas.

—¿Rico? No me lo puedo imaginar como un chico enfermizo.

—No ha estado enfermo ni un solo día de su vida. No, no me refiero a él. Me refiero a cuando su madre murió. Rico me hacía todo tipo de preguntas.

—¿Cómo murió?

—Tuvo un ataque al corazón. Rico quería respuestas, pero desgraciadamente no había mucho que yo le pudiera decir. Nadie lo podía haber previsto. Fue especialmente duro para Rico. Carlos no hablaba inglés muy bien y él se tuvo que encargar de todo. Es una pena que Rico no sea tan insistente en lo que se refiere a su hermano. Debería venir a verme para ver los resultados de Marco. Como he dicho, la muerte de Bella se podía haber previsto, pero…

—¿Qué dice la autopsia?

—Catherine, lo siento, no puedo hablar más de esto contigo.

Marco era mi paciente y Rico es su familia.

—¿Sabe algo de Janey?

—No, pero puedo llamar a tu médico y explicarle que estás aquí ahora.

—¿Me da un poco de tiempo para pensarlo? —dijo ella sintiendo que aquél no era el día apropiado.

—Tómate todo el tiempo que necesites —dijo él doctor Sellers mientras comprobaba el resultado del test—. ¿Te puedo dar la enhorabuena? —le preguntó al ver la expresión de terror en Catherine—. Catherine, yo leo los periódicos y conozco un poco por lo que has pasado. Si este resultado no es lo que esperabas…Eres mi paciente, Catherine. Lo que se diga en esta habitación no saldrá de aquí. Piensa en lo que quieres que le digamos a Rico.

—Gracias —murmuró Catherine—. Tiene razón.

No estoy segura de que éste sea el resultado que yo deseaba, pero sabía que iba a ser así. Estaré bien, doctor. No pienso interrumpir mi embarazo.

—En ese caso, todavía no he terminado contigo. De hecho, ni siquiera he empezado.

Capítulo 11

RICO estaba prácticamente subiéndose por las paredes cuando Catherine salió de la consulta veinte minutos más tarde.

— ¿Por qué demonios has tardado tanto? —exclamó cuando vio salir a Catherine de la consulta.

—Por nada, el doctor quería examinarme y hacerme unos análisis de sangre.

—Pero si sólo venías a una prueba de embarazo. ¿Por qué los médicos no pueden hacerte sólo lo que les pides?

—Él me ha hecho lo que le he pedido.

—¿Y bien? ¿Estás embarazada?

—Lo siento si éste no es el resultado que tú querías, Rico, lo siento…

—No vuelvas sentirlo nunca más, Catherine. Esto es maravilloso…

—¿De verdad? Es demasiado, Rico, y demasiado pronto. Piensas que ahora estás contento, pero algún día me echarás en cara que yo…

—Olvídate del pasado, Catherine —le exigió Rico—. Tengas lo motivos que tengas…

— ¿Los motivos? Hace dos minutos que sabemos que estoy embarazada y ya me estás diciendo…

—Lo que estoy intentando decirte… En fin, éste no es lugar apropiado —dijo Rico. Salieron de allí y la llevó a un restaurante, una pequeña joya de la ciudad, y la dirigió a uno de los rincones más privados.

— ¿Qué querías decirme, Rico?

—Lo que te estaba intentando decir —siguió-es que éste no es un matrimonio convencional y ¿no te parece que deberíamos dejar

atrás las cosas que nos han sucedido en el pasado? Vamos a tener un bebé, Catherine. Algo bueno ha salido de nuestra gran pérdida, ¿por qué no podemos seguir hacia adelante?

—¿Sin tan siquiera echar un vistazo al pasado? —preguntó Catherine—. Yo no soy como tú, Rico. Yo no puedo olvidar mi pasado tan fácilmente y tú ni siquiera quieres hablar de él, ni siquiera quieres saber lo que el doctor te quiere decir sobre Marco.

—¿Por qué no podemos hablar sólo de nosotros dos hoy? Ya sé que este matrimonio es por Lily, pero seguramente… —dijo Rico agarrándola de la mano—. ¿No podemos empezar de nuevo, Catherine?

—¿Por el bien del bebé?

—Por el bien de todos. Quiero que seas feliz. Tenemos que hacer que esto funcione.

—Ya lo sé, Rico. Por eso quiero volver a trabajar. Estoy intentando con todas mis fuerzas encontrar un lugar en un mundo totalmente desconocido para mí. Pero necesito algo más, necesito a mis amigos y tengo que admitir que de alguna manera quiero demostrar que no dependo totalmente de ti. Además mi trabajo es importante para mí.

—Mi madre odiaba trabajar —dijo Rico—. Nadie lo sabía, incluso mi padre pensaba que le gustaba y supongo que en algún momento fue así. Ella empezó el negocio familiar y casi no hablaba inglés cuando llegó aquí.

—Debió haber sido muy inteligente.

—Sí, tenía un buen ojo para los negocios. Eso lo he heredado yo. Cuando llegamos a Australia mis padres juntaron el dinero suficiente para comprar una vieja casa en Carlton. Mi padre había trabajado en la construcción y, por consejo de mi madre, la reformaron y la vendieron. Ése fue el comienzo. Poco después mi madre estaba comprando tierras a bajo precio y contratando a gente para construir. Yo tenía cinco años, aproximadamente.

—¿Y Marco?

—Marco nació aquí. Siempre se sintió australiano. Yo le hablaba en inglés y cuando fue al colegio ya podía hablar las dos lenguas.

—¿Así que las cosas fueron más fáciles para él?

—Yo amo mi primera lengua, Catherine y pagué el precio de eso en el colegio. Todavía recuerdo cuando mi madre me venía a buscar

y nos íbamos a ver terrenos. Aquéllos eran buenos tiempos.

—¿Te llevaba con ella?

—Estoy seguro de que Antonia te ha contado una historia diferente, pero, sí, me llevaba con ella. Más tarde, cuando el negocio creció, mi madre empezó a trabajar tantas horas como yo ahora, pero siempre llegaba a darnos el beso de buenas noches.

—¿Y qué fue mal?

—Un día, su trabajo se convirtió en simple rutina y dejó de ser una pasión. Mi madre tenía obligaciones, casas, coches, barcos…y como te puedes imaginar Antonia tampoco salía muy barata.

—¿Antonia?

—Era la amante de mi padre. Él apenas había trabajado en toda su vida. Era mi madre la que nos mantenía y él se aburrió. Ésa fue su excusa. La noche antes de que mi madre muriera me la encontré llorando en su estudio. Entonces me di cuenta de que sabía lo de la aventura de mi padre. Me dijo que estaba cansada, que sólo quería tumbarse y dormir y que solucionaría las cosas después de Navidad. Al día siguiente murió. Los médicos dicen que fue un ataque al corazón y que no se podía haber evitado, pero yo sé que si no hubiera estado trabajando tanto, si no se hubiera esforzado… —dijo Rico con frustración.

—Eso no lo puedes saber, Rico —dijo Catherine. Rico parecía callar, pero cuando menos se lo esperaba, él la sorprendió.

—Media jornada, Catherine, puedes trabajar media jornada. Y el día que pienses que es demasiado y sientas que ya no deberías estar ahí…

—Lo dejo —dijo Catherine.

—No tienes nada que demostrarme, Catherine, pero si esto es algo que sientes que tienes que hacer…

—Sí, lo es —dijo ella de repente sintiéndose cómoda y relajada. Sin apenas notarlo, empezó a reír. Se dio cuenta de que Rico era una muy buena compañía y de que tenía muy buen sentido del humor.

—Te deberías reír más a menudo —le dijo Rico con ternura—. Quiero que seas feliz, Catherine, quiero que los dos seamos felices. Tú y yo.

—Yo también lo quiero.

Salieron del restaurante y se dirigieron hacia la orilla del río.

Pasearon de la mano y Catherine no se había sentido nunca tan feliz.

—Gracias —dijo ella—. Gracias por comprenderme.

—Se supone que el matrimonio consiste en dar y en recibir —dijo Rico—. Espero hacerlo mejor que mi padre.

—No seas tan duro con él, Rico. También debió ser difícil para él. Era un inmigrante, un trabajador. Estoy segura de que era un hombre orgulloso y honesto.

—Sí lo era —admitió Rico—. Pero en cuanto mi madre empezó a ganar dinero, él sólo se dedicó a vivir de sus beneficios.

—¿Estás seguro de que era feliz? —preguntó Catherine. Rico permaneció en silencio—. Normalmente es al revés, ¿no? Especialmente en las familias sicilianas es el padre el que gana el pan,¿no?

—¿Entonces por qué no trabajó él? ¿Por qué no la ayudó con sus negocios?

—Tu padre no sabe leer, Rico.

—No digas tonterías.

—Estoy segura.

—Él es un hombre inteligente…

—No lo dudo —respondió Catherine—. ¿Te puedes imaginar lo difícil que debe ser para él no poder leer las facturas?

—¿Estás segura?

—Sí. Por favor, Rico, intenta comprender a tu padre. Tal vez no fue tan fácil para él no hacer nada y tener una aventura le hizo sentirse hombre de nuevo. Sólo tus padres conocen la historia.

—Y Antonia…

—Antonia sabe la versión de tu padre. Y por mucho que la odies, tu padre la ama. Y eso para ti ya debería ser algo.

Rico no respondió, ni Catherine esperó que lo hiciera. Se acercó a ella, la agarró de la mano y siguieron caminando por la orilla del río. A pesar de la falta de conversación, a pesar de la cantidad de problemas que había entre ellos, Catherine nunca se había sentido tan cerca de él.

Capítulo 12

—¿ESTARAS bien? —Sí —respondió Catherine—. Ayer fue maravilloso.

—Anoche estabas cansada. Te quedaste dormida en el sofá después de cenar.

—Fue mi primer día de trabajo —dijo Catherine mientras se abrochaba la chaqueta y se miraba en el espejo del hall—. De todas formas, tampoco trabajo tanto —añadió con seguridad. No se podía creer lo feliz que se sentía.

Volver al trabajo había sido estupendo. Con la falta de profesorado, el director del colegio la recibió con los brazos abiertos.

Tal vez Rico no entendiera su necesidad de independencia, pero el dinero que ganara, por poco que fuera, era sólo suyo. Era una razón para arreglarse por las mañanas, para utilizar su cerebro y para escapar de los límites de la casa. Le hacía sentirse mucho mejor y tenía la sensación de que podía darle mucho más a su familia. —¿Te das cuenta de que sales en el periódico? —dijo Rico sacando el diario de su maletín.

—No me hace falta verlo, Rico. Ya sé que los periodistas me siguieron hasta el colegio ayer. Espero que se cansen pronto… Nos están criticando porque yo voy a trabajar. Quieren sacar una historia de cualquier cosa.

—No te importa lo que diga la gente, ¿verdad?

—¿Y a ti?

—Normalmente no, pero estoy preocupado por lo que pueda pensar la trabajadora social.

—La trabajadora social se llama Lucy. Tiene dos hijos y su marido es un médico muy conocido, así que ella más que nadie sabe

que las mujeres necesitan trabajar por algo más que por dinero.

—No sabía que eras tan feminista.

—Pues ya te puedes ir acostumbrando —dijo Catherine. Rico se acercó a ella y de repente la invadió el deseo sexual que en realidad nunca había desaparecido. Rico dio un paso más y Catherine tembló de excitación.

—¿Se van los dos? —dijo Jessica apareciendo de repente y sorprendiéndolos.

—Volveré a las cinco —dijo Catherine.

—Yo a las siete —dijo Rico—. Yo bañaré a Lily, Jessica —dijo Rico mientras se dirigía a la niña para darle un beso—. ¡Catherine! —gritó él con incredulidad—. Creo que le está saliendo un diente.

—¿De verdad? —exclamó Catherine mientras echaba un vistazo a las pequeñas encías—. ¡Es cierto! —dijo con alegría.

Había un ambiente de tanta felicidad en el vestíbulo que a Catherine le resultaba difícil irse. Durante unos instantes parecieron una familia normal, celebrando una pequeña cosa de su larga vida juntos. Pero Jessica estaba pendiente del reloj y enseguida señaló que si no se movían, los dos llegarían tarde.

—Nos tenemos que ir —dijo Rico.

—Sí, nos vemos esta noche —se despidió Catherine.

En ese momento llegaba la parte más difícil.

Normalmente, por guardar las apariencias ante el servicio, siempre se besaban antes de ir a trabajar.

Pero esa mañana no resultaba tan artificial. Parecía la cosa más natural del mundo, aunque no disminuyó la incomodidad de Catherine.

Se ruborizó intensamente cuando él le levantó su cara hacia la suya mientras con la otra mano le rodeaba la cintura al mismo tiempo que la besaba. Pero ése no era un beso de apariencias. Ese beso estaba cargado de una pasión que durante mucho tiempo se había reprimido y de una ternura que estaba empezando a crecer entre los dos.

—Nos vemos esta noche —respondió Rico—. Tú también me puedes esperar para tu baño —le dijo él al oído—. Podíamos poner música, cenar en nuestra habitación…

—Vamos, Rico, que voy a llegar tarde… —dijo Catherine mientras ella misma se resistía a irse.

—¿Me permitirán tus principios feministas comprarte un coche decente?

—Ni lo sueñes —dijo ella—. Sabes, lo maravilloso de ser una mujer en el siglo XXI es que realmente se puede tener todo, pero nada demasiado llamativo.

—Toma —dijo él lanzándole el periódico con un tono burlón—. Sé que te estás muriendo de ganas por verte.

—No podría interesarme menos —dijo ella intentando mostrar indiferencia. Pero no le devolvió el periódico.

—Tú verás —dijo Rico—. ¡Ah! La próxima vez que tengas a la prensa cerca, abróchate la blusa.

Decidida a no darle la satisfacción de que él había picado su curiosidad, Catherine se dirigió a su coche con determinación y se sumergió en la hora punta del tráfico.

Pero no llegó muy lejos.

Paró el coche en un callejón y buscó con ansia el artículo y las fotos en cuestión.

Miró la foto y se dio cuenta de que se le había olvidado abrocharse un botón. Pensó que aquello no sería nada, más bien un motivo de broma entre ellos. Se sentía radiante.

Pero esa sensación no le duró mucho. Hacia la mitad de la tarde empezó a sentirse agotada. Le dolía la espalda y también la cabeza.

Ni siquiera el pensamiento de pasar la noche en los brazos de Rico le hizo sentirse mejor. Lo único que quería hacer era llegar a casa, darse un baño y dormir durante una hora. Cuando los alumnos se marcharon, ella se colgó el bolso en el hombro y se dispuso a salir.

—Estamos muy contentos de tenerte otra vez con nosotros —le dijo Marcus Reagan, el director del colegio.

—Y yo me alegro de esta de vuelta, Marcus. Siento mucho que sólo sea media jornada, ya sé que os faltan profesores.

—Estamos intentando solucionarlo —dijo Marcus con cara de preocupación.

Catherine todavía no le había dicho que estaba embarazada. Era aún muy pronto y no tenía muchas ganas de decírselo sabiendo los problemas que tenían.

—¿Y tú crees que se solucionará?

—Algunos días me pregunto si tendremos personal suficiente

para que funcione el colegio. De todas formas, me alegro de que hayas vuelto, Catherine. ¿Cómo te está tratando el matrimonio?

—Estupendamente —dijo Catherine sonriendo. Era una mentira que ella estaba ya acostumbrada a contar, aunque después del beso de aquella mañana, ya no le parecía tanto.

—Bueno, no te entretengo más. Nos vemos el lunes por la mañana.

Lily se había convertido en un bebé precioso y, cuando vio a Catherine entrar se le iluminó la cara y extendió los bracitos para recibirla.

Pero Catherine no tenía ánimos de nada y se sintió aliviada cuando Rico apareció a las siete para bañar al bebé.

Se sentó en el borde de la bañera y los observó.

—Ahora viene la parte más difícil —dijo Rico al sacar a Lily del agua.

—No me digas que te ayude con los botones. Siempre lo hago mal.

—Ya está.

—He calentado este biberón —dijo Jessica entrando en la habitación—. Yo me voy. El señor Mancini me ha dado la noche libre.

Catherine se quedó sola con Lily. Le dio de comer, intentando con todas sus fuerzas amarla, pero el pánico y el sentimiento de culpabilidad que normalmente sentía, estaba volviendo a invadirla en ese momento.

Tenía que darse tiempo, pero Lily estaba ahí en ese momento.

—¿Ya se ha dormido? —dijo Rico entrando con cuidado y poniendo a Lily en su cuna. Se dio cuenta de la tensión que había en la expresión de Catherine—. ¿Qué te pasa?

—Nada. Me voy a duchar antes de cenar —dijo ella con sequedad.

—Nos tenemos que hacer la cena nosotros esta noche. Les he dado a todos la noche libre.

—¿A todos?

—Sí. Tú dijiste que querías ser normal, que estabas harta de que te sirvieran y que querías hacer las cosas normales que hacen los matrimonios. Así que les he dado la noche libre para que estés más contenta. Vamos, me estoy muriendo de hambre —dijo él mientras

la dirigía hacia el dormitorio.

—¿No decías que te estabas muriendo de hambre? —preguntó Catherine. No se sentía bien. Le dolía la espalda y tenía el ánimo muy bajo.

—Y lo estoy —respondió Rico misteriosamente. Abrió la puerta del dormitorio y mostró a Catherine una mesa puesta con una enorme pizza encima.

—¿Pizza?

—Decías que querías ser normal y comer comida basura. Pues aquí lo tienes.

—Esto es justo lo que necesitaba —dijo Catherine aliviada por no tener que cocinar—. No tienes ni idea de lo bien que me sienta no tener que utilizar el tenedor.

—Todavía no te sientes cómoda con el servicio, ¿verdad?

—Son muy agradables, pero me es muy difícil mantener una conversación cuando están ellos delante. Me da la impresión de que me están escuchando.

—Estoy seguro de que tienen mejores cosas que hacer. Probablemente estén aburridísimos.

Puesto así, Rico casi la tenía convencida.

Ella estaba segura de que los sirvientes no la encontraban muy emocionante, pero Rico tenía ese magnetismo, ese aura a su alrededor que Catherine no se podía imaginar que nadie se pudiera aburrir en su compañía.

Él llenaba su día y también sus noches. El solo sonido de su voz, la podía hacer cambiar de estado de ánimo y una sonrisa suya, le podía levantar el espíritu con mucha facilidad. Pero seguramente que eso no era lo que Rico deseaba oír en esos momentos.

—Bueno, ahora sí que me voy a dar esa ducha —dijo ella y se dirigió hacia el baño. Pero Rico la siguió.

—Sólo quiero que seas feliz —dijo girándola hacia él y mirándola a los ojos—. No quiero que te sientas como si fueras una prisionera.

—Esto no tiene mucha pinta de cárcel —dijo ella contemplando la lujosa habitación.

—¿Soy yo tu carcelero? —preguntó Rico. Ella no respondió. En cualquier momento se podía ir si quería y luchar por Lily por su cuenta, pero no era Lily lo que la mantenía allí, ni tampoco era el

bebé que estaba creciendo dentro de ella, ni el deseo de dar a su sobrina un nivel de vida privilegiado. Era Rico quien la mantenía entre aquellas paredes. Rico que la tenía en la palma de la mano—. ¿Soy yo tu carcelero, Catherine?

Cuando Catherine abrió la boca para responder, él ahogó la respuesta con sus propios labios y ella se perdió en sus caricias.

Era mucho más fácil entregarse a las caricias de Rico y saborear su fresca lengua que tratar con los dilemas que la perseguían.

Él la desvistió y le desabrochó el sujetador. Catherine oyó un pequeño gruñido cuando sus pechos desnudos tocaron las expectantes manos de Rico.

Ella lo desnudó y en ese momento no le importaban nada las razones por las que habían llegado allí. Lo único importante era que ella sentía la necesidad de hacer el amor, de ser amada, de sentir el contacto de su piel, su miembro excitado y acariciarlo como a su amante.

Ella oyó cómo se aceleraba su respiración cuando rodeó la excitación de Rico con su mano. Se maravilló de la dura suavidad del miembro y lo recorrió con sus dedos, cerrando los ojos en éxtasis.

Él la tomó con suavidad al principio mientras la besaba el cuello, pero pronto el deseo irrefrenable hizo que sus movimientos fueran más fuertes y rápidos. Acarició con su miembro lo más profundo de su ser y finalmente los dos llegaron al climax juntos. Después él la sostuvo en sus brazos, como cualquier otro marido.

—¿Soy yo tu carcelero, Catherine? —insistió Rico.

—Estoy aquí porque quiero, Rico, aunque tengo que admitir que a veces no sé por lo que estoy luchando.

—Estás luchando por tu familia, Catherine —dijo él con suavidad—. Cómo hemos llegado aquí es irrelevante.

Capítulo 13

TIENES una llamada —dijo Rico. Catherine se sentó en la cama, se frotó los ojos y se puso al teléfono.

—Era el director del colegio —dijo después de colgar.

—Ya lo supuse. Y también supongo que habéis acordado que vayas esta mañana al colegio, a pesar de que me hayas prometido que esto iba a ser un trabajo de media jornada.

—De todas formas sólo trabajaría tres días esta semana, Rico —dijo Catherine intentando ocultarle lo mal que se sentía.

En ese momento lo único que quería era volver a la cama.

No se había esperado la llamada de Marcus y si hubiera tenido tiempo para pensar, quizá habría dicho que no podía ir a sustituir a uno de los profesores que estaba enfermo.

—Pareces muy cansada… —dijo Rico—, deberías tomártelo con más tranquilidad.

—Estoy embarazada de cinco semanas, Rico, no de ocho meses. Y supongo que la mayoría de las mujeres pensarían que me lo estoy tomando con tranquilidad. No trabajo nada en casa, así que no creo que un día entero en el colegio me vaya a matar.

—No es por ti por quien estoy preocupado.

Rico se estaba haciendo el nudo de la corbata.

Ni por un momento se dio cuenta de cómo palidecía el rostro de Catherine. Sus palabras habían sido como una bofetada y la intimidad que habían compartido se había disipado completamente.

Nunca antes había vuelto Catherine a la realidad con tanta brusquedad. Sentía como si se estuviera cayendo de las altas cumbres de su amor. Catherine se había sentido como si pudiera volar y en ese momento, la estaban poniendo en su lugar. Rico le estaba recordando con crueldad cuál era su situación.

—Me tengo que ir —dijo ella profundamente herida—. Nos vemos esta noche.

Catherine logró pasar la mañana, pero hiciera lo que hiciera sus pensamientos volvían a Rico y a lo estúpida que había sido al pensar que él la amaba.

Esas palabras la habían humillado y la habían demostrado que para él ella era mujer que satisficiera sus necesidades, pero nada más.

A la hora del almuerzo, Catherine se fue al baño del colegio.

Su humillación se mezcló con sus lágrimas y con un dolor en la espalda cada vez más intenso. Pero no era un dolor que luego se calmara, sino que era un dolor intenso, el mismo dolor que una vez al mes comparten las mujeres de todo el mundo.

En ese momento Catherine lo vio claro.

El dolor de espalda, el bajo estado de ánimo eran una respuesta normal a lo que ella había estado intentando ignorar. Su embarazo se había acabado.

—Te haré unos análisis de sangre —le dijo el doctor Sellers.

—Lo he perdido, ¿verdad? —dijo Catherine con ansiedad y con el rostro pálido.

—Creo que te deberías preparar para ello. El hecho de que sientes dolor, de que ya no te sientas embarazada.

—Yo no sé si antes me sentía embarazada, pero… —dijo ella con los ojos llenos de lágrimas—. De repente me sentí cercana a Lily. ¿Podría ser porque estaba embarazada?

—Estoy seguro de que todos esos sentimientos volverán en su momento. Catherine. No debes olvidar la presión bajo la que estás. Acabas de perder a tu hermana, te acabas de casar, te has cambiado de casa… —dijo el doctor intentando ser amable. Pero Catherine pensaba que sólo podría sobrellevar eso si Rico la amara. Necesitaba a su hermana más que nunca—. Cuando tenga los resultados de los análisis, iré a verte a tu casa. Por ahora quiero que vayas a casa, te metas en la cama y descanses. Si el embarazo todavía es viable es lo mejor que puedes hacer. ¿Ya se lo has dicho a Rico?

—Lo he intentado. Su secretaria está intentando localizarlo.

—Yo lo localizaré. No te preocupes.

—¿No me deberían hacer una ecografía?

—Es demasiado pronto.

Catherine se fue en taxi a casa.

Cuando llegó le temblaban las piernas. Jessica abrió la puerta con Lily en sus brazos.

—Señora Mancini, no la esperaba tan pronto. La verdad es que me alegro de que haya venido. Necesito hablar con usted.

—Jessica, ahora no es un buen momento. He vuelto del trabajo porque no me siento muy bien.

—¡Oh! Es sólo que… —dijo Jessica mientras seguía a Catherine hacia el dormitorio.

—Sólo qué, Jessica —dijo Catherine con dureza.

—Bueno, puedo esperar. No pasa nada. La dejaré descansar.

Catherine permaneció tumbada en la cama mientras las palabras del doctor Sellers le retumbaban en sus oídos.

Parecía que todo lo que la rodeaba se le estaba escapando y ella no tenía fuerzas para impedirlo. Ese bebé significaba mucho para ella, era como una esperanza, un lazo que la uniría al hombre que amaba. Y estaba segura de que lo estaba perdiendo.

Pero ella quería luchar. Hasta que alguien le dijera que su bebé realmente se había ido, haría todo lo posible por proteger la vida que había dentro de ella.

Se concentró en respirar con regularidad e intentó olvidarse de los dolores.

De alguna manera consiguió dormirse. Como entre sueños oyó los pasos de Rico en las escaleras y el ruido de la puerta al abrirse.

Rico entró en la habitación, seguido del doctor Sellers.

—Lo siento, Catherine —dijo el doctor que se había sentado en la cama—. Tus niveles hormonales han bajado desde que te hice el análisis la semana pasada. Se supone que tienen que subir. Has estado embarazada, pero el embrión se quedó en la primera etapa y nunca avanzó. Es una cuestión de la naturaleza, Catherine. Es algo que no es viable. No es culpa de nadie —continuó el doctor Sellers —. Ninguno de los dos os debéis culpar por lo que ha pasado. Os dejo solos —terminó dirigiéndose hacia la puerta.

—Rico… —dijo Catherine en tono suplicante cuando se quedaron solos.

Sabía que lo había perdido para siempre.

El bebé había sido su prioridad y lo había perdido. Rico nunca la

perdonaría. El recuerdo de las palabras de aquella mañana la perseguía. Rico la despreciaba y en ese momento se mostraba distante y frío, alguien inalcanzable.

Y Catherine se moría por que él se sentara a su lado, la tomara en sus brazos y le dijera que no pasaba nada.

—Intenta dormir —dijo él con suavidad y tapándola con una manta.

—¡Por favor, no me dejes! —le suplicó ella.

El llanto de Lily llenó el vestíbulo y parecía que le estaban atravesando el alma, era un recordatorio doloroso de lo que había perdido. Sólo deseaba que Rico la consolara.

—Tengo que ir con Lily. Está llorando.

—Jessica puede cuidar de Lily.

—Jessica está comprando. Y tú ahora necesitas descansar —dijo Rico. Oyó el timbre y se dispuso a salir de la habitación.

—Rico, te necesito aquí, conmigo. Alguno de los criados puede abrir la puerta.

—Catherine, recuerda que les di a todos el fin de semana libre. No hay servicio —dijo él finalmente saliendo de la habitación.

Catherine permaneció sola y oía voces procedentes del piso de abajo.

De repente vio a Antonia y a Rico entrar en el cuarto.

—Antonia dice que esto no puede esperar. Le he explicado que no te encontrabas bien, pero ha insistido.

—Lo siento —dijo Antonia—, pensaba que era una excusa de Rico para no dejarme pasar. Siento mucho haberos molestado. No tenía ni idea de que Catherine estaba embarazada. Creía que este matrimonio era sólo de conveniencia. Me he equivocado con vosotros dos —dijo mientras acariciaba a Catherine en el brazo—. Lo siento, Catherine. Ya sé que será difícil de entender, pero sé por lo que estás pasando.

—¿Tú también perdiste un bebé? —le preguntó Catherine.

—Yo perdí cuatro y sé que no hay consuelo posible. Así que es mejor que no te diga nada.

—Querías decirme algo, ¿no? —le preguntó Catherine.

—Volveré dentro de unos días, cuando te sientas mejor.

—Estoy bien. Realmente estaba de muy poco tiempo…

—Sí, pero lo peor no es el dolor físico, ¿verdad? —dijo Antonia.

En ese momento Catherine se sintió realmente cercana a ella. No era la primera vez que el enemigo le había parecido tan accesible.

—Os dejo solas —dijo Rico.

—Te deberías quedar, Rico. Lo que tengo que deciros os afecta a los dos —dijo Antonia. Los dos se dispusieron a escucharla—. Me equivoqué al pensar que me aceptarías, Rico. Le hice daño a tu madre y tenías todo el derecho de odiarme, pero en mi defensa tengo que decirte que siempre he querido mucho a tu padre. Y todavía lo quiero.

—¿Y no tendría nada que ver el dinero? —dijo Rico en tono de burla.

—También me gustaba el dinero, Rico. Lo admito. También admito que me equivoqué al acusarte de haber vendido su parte del negocio a tu padre y a tu hermano en el mejor momento. Les diste un precio más que generoso. El negocio se convirtió en lo que se convirtió porque te hiciste cargo tú.

—Todo eso ya lo sé, Antonia. Ahora dime por qué has venido. No sé cuáles son tus motivos, pero una vez ya hiciste daño a los que estaban cerca de mí y te lo advierto si vienes a decirle algo a mi mujer que le pueda hacer daño… nunca más pisarás esta casa ni volverás a tener contacto con Lily.

—No tengo ninguna intención de hacerle daño a Catherine —dijo Antonia con firmeza—. Y en cuanto a Lily, he dado instrucciones a nuestro abogado para que retire la solicitud de custodia. Carlos y yo hemos hablado mucho y hemos llegado a la conclusión de que Lily merece algo más de lo que un par de jubilados le pueden dar. Por mucho que la queramos, los dos ya tenemos más de sesenta años…

— ¿Y por qué ese cambio tan repentino? —preguntó Rico todavía sin estar convencido de la sinceridad de Antonia—. ¿Qué os ha hecho cambiar?

—Tú, Rico. Tú y Catherine habéis cambiado vuestras vidas para proporcionarle un hogar a Lily. Admito que yo pensaba que esto era un matrimonio de conveniencia…

—¿E incluso así estabas dispuesta a retirarte?

—Sí, aun así. Me sorprendió mucho cuánto amabas a Lily, Rico, y como eras capaz de arruinar tu propia felicidad en un matrimonio sin amor. Yo no lo podría haber hecho.

—¿De verdad amas a mi padre?

—Siempre he amado a tu padre, y siempre lo amaré. No pido que aceptes, Rico, ya sé que sería pedir demasiado, pero lo que sí pido es que tu padre y yo podamos tener un contacto regular con vosotros. Queremos ser parte de la vida de Lily.

—Y lo seréis —dijo Rico emocionado. Por primera vez en su vida miró a Antonia sin malicia y por primera vez la habló con suavidad—. Te acompaño a la puerta.

Catherine no estaba segura del tiempo que permaneció allí tumbada, pero la oscuridad había reemplazado al sol de la tarde. Se tapó los oídos con la almohada para no oír a Lily llorar. Ya le dolía menos el estómago.

Mantuvo la respiración cuando oyó los pasos de Rico al cruzar el pasillo y dirigirse a la habitación de Lily.

El llanto de Lily se apagó y ella esperaba y esperaba que Rico fuera a verla. Pero, a medida que pasaba el tiempo, Catherine sabía que había perdido algo más que el bebé aquella noche.

Tal vez el doctor Sellers tuviera razón.

Ella era joven y podría tener otros bebés. Pero ella quería ése, quería el bebé que había perdido ese día. Ése era el bebé que deseaba. Y si Rico ya no quería estar con ella, ¿cuál era la razón para estar allí?

Ya no había ningún lazo que los uniera. Ya no había ningún motivo para que estuvieran juntos.

Invadida de repente por el pánico, se vistió rápidamente.

Todavía estaba a tiempo de volver a su antigua vida. Buscó a Rico por toda la casa y finalmente lo encontró en la habitación de Lily, con el bebé dormido en sus brazos. Se acercó a ellos y acarició a la pequeña.

—Rico, me voy.

—Catherine —dijo él mirándola fijamente—. No te puedes ir así. Deberías estar en la cama. No estás bien. Lily te necesita.

—No, Rico. Yo pensaba que me necesitaba, pensaba que era la persona más adecuada para criarla y que eso era lo que Janey habría querido. Pero Janey me odiaba. Janey me despreciaba, Rico. Ella quería dinero y riqueza y habría querido lo mismo para su hija. Yo de verdad creía que lo podía hacer bien…

—Lily te necesita, Catherine, y yo también te necesito.

—No, tú no, Rico. Me has ganado. Te puedes quedar con Lily, siempre que dejes que Carlos y Antonia la vean.

—Te necesito —insistió Rico.

—No, Rico —dijo ella con lágrimas en los ojos—. Hoy hemos perdido a nuestro bebé y tú no has venido a mí. Si me necesitas tanto, ¿por qué no has estado conmigo?

—Había razones, Catherine, y si me das un momento te lo puedo explicar.

—Estoy cansada de tus excusas, Rico, así que me voy. No puedo vivir en un matrimonio sin amor y yo todavía creo en el amor.

—Entonces, quédate —dijo él mientras la seguía por las escaleras—. Escucha lo que tengo que decirte antes de que nos dejes —dijo él agarrando el bolso de Catherine.

—Rico, por favor…

—Yo no soy tu carcelero, Catherine. Esto no ha sido lo que se suponía que iba a ser.

—Ya lo sé —dijo ella con labios temblorosos. Bajó las escaleras y con lágrimas en los ojos se giró hacia él—. Dile a Lily que la quiero. Os llamaré.

—¿Cuándo?

—No lo sé, Rico —dijo ella mirando fijamente al hombre que amaba y que había amado desde el primer momento que lo había visto—. Tenías razón al sospechar de Antonia, Rico, y también tenías razón con Janey, pero te equivocaste conmigo. Nunca he querido esta casa, ni los criados, ni los coches. Yo te quiero a ti. Lo único que quería de este matrimonio era a ti y eso era lo único que tú no estabas dispuesto a dar. Pues bien, yo no puedo sobrevivir en un matrimonio sin amor.

—¡Catherine, por favor! —exclamó él bajando las escaleras tras ella.

Pero Catherine fue más rápida y se fue antes de que él la alcanzara. Él no la siguió. Ni ella había esperado que Jo hiciera. Había sido todo un juego.

Capítulo 14

CATHERINE se sentía vacía. No sentía nada, ni pena, ni dolor, ni tristeza... Conducía sin rumbo por la carretera que rodeaba la playa, observando la luna y las estrellas que la invitaban a salir del coche y admirar su grandeza.

Pero ella ignoró su llamada. De repente sintió que sí sabía dónde iba y que había ido a parar allí por una razón. Reconoció el imán que la había llevado hasta allí. Necesitaba explorar en la tristeza si algún día quería encontrar la paz.

Aparcó el coche entre los árboles y miró los perfiles de las tumbas en la oscuridad. Caminó entre ellas, hasta que llegó al lugar en el que estaba Janey. Las flores del funeral hacía tiempo que se habían marchitado, pero había unas flores frescas. Se arrodilló y vio que entre ellas había una tarjeta que decía:

Descansad en paz. Nosotros cuidaremos de Lily lo mejor que podamos. Rico y Catherine.

El hecho de que Rico hubiera dejado el mensaje por los dos, le partió el corazón. Catherine empezó a llorar.

Las lágrimas que todavía no había derramado por su hermana, empezaron a brotar. Lloró por la hermana que había perdido, por los padres a los que siempre echaría de menos y por el bebé que nunca tendría en sus brazos.

También lloró por Rico, por el hombre de sus sueños y que la había amado aunque él no lo admitiera.

—Desahógate, Catherine —dijo Rico mientras se arrodillaba a su lado.

—Déjame —le ordenó ella sorprendida de que estuviera allí. Pero él ignoró su orden y la rodeó con sus brazos—. Déjame —le insistió, aunque en el fondo encontró consuelo con su presencia.

—Desahógate, Catherine —dijo él de nuevo.

—Rico…

Y Catherine finalmente lloró en sus brazos, incapaz de enfrentarse sola a ese momento tan triste.

—Janey te quería.

—Me odiaba. ¿Cómo voy a cuidar a una hija suya si ella me odiaba? Ya es hora de que me enfrente a la verdad.

— ¿Ah, sí? Esta noche me he enterado de la verdad, Catherine. Me he enterado de lo que realmente les pasó a Janey y a Marco. Por eso no he estado contigo. Pensaba que estabas demasiado débil como para oírlo, pensé que ése no era el momento —dijo Rico respirando profundamente—. Es algo que tienes que saber, Catherine, cuando estés preparada.

—Estoy preparada —dijo ella reuniendo fuerzas.

—Aquí no —dijo él mientras la llevaba hacia el exterior del cementerio y la arropaba con su chaqueta—. Hace mucho frío aquí, Catherine, y tú no estás bien. Deberías estar en casa.

—No puedo volver, Rico.

—Si quieres nos podemos sentar en el coche y pongo la calefacción. O mejor, espera aquí —dijo él.

Ella no respondió, sólo observaba cómo Rico recorría la playa buscando madera.

Él volvió, se arrodilló a su lado e hizo una hoguera. Se sentaron juntos junto al fuego y Catherine se sintió reconfortada.

—Cuéntamelo, Rico.

—No estuvieron bebiendo ni estuvieron tomando ningún tipo de droga. Cuando acompañé a Antonia a la puerta, el doctor Sellers volvió y nos enseñó los resultados de la autopsia. Decía que Marco había tenido un ataque al corazón. Por eso perdió el control del coche. Y lo peor de todo es que habían salido a celebrar que iban a poner orden en sus vidas.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he estado hablando con Jessica. Tuvimos una larga charla cuando volvió de comprar. Jessica me contó que Janey le había dicho que las dos habíais hecho bien en hablar con ella, que estaba viviendo demasiado deprisa y de que ya era hora de ir más despacio. Dijo que sabía que ya era hora de que creciera y de que se enfrentara a sus responsabilidades. Le dijo que estaba orgullosa de

ti y que quería ser como tú. Deberías hablar con Jessica, creo que te podría ayudar. También me dio unos vídeos caseros… —dijo Rico emocionado—. Estaba preparado para ver lo peor, quizá una fiesta con ellos borrachos y Lily llorando en un rincón, pero nunca había esperado ver el amor del que fui testigo.

—¿Amor? —Sí, Catherine, se amaban. Su amor era obvio.

—¿Entonces por qué dijo ella esas cosas tan terribles?

—Quizá se sentía más segura si ella misma se las creía. Quizá quería convencerse de que controlaba sus emociones. No sé todas las respuestas, Catherine, pero si ves el vídeo, te convencerás.

—Se lo podemos poner a Lily —dijo ella aliviada de que Lily pudiera tener algo bonito de sus padres.

—Se lo puedes poner tú —dijo Rico con suavidad—. Catherine, yo amo a Lily, pero, a pesar de tus dudas, yo sé que tú eres la mejor persona para ella. Serás una madre maravillosa. También habrías sido una madre maravillosa con éste —dijo mientras le acariciaba el estómago.

En ese momento fue Rico quien dejó caer unas lágrimas por su rostro.

—Lo siento, Rico, quizá haber vuelto al trabajo…

—No te hagas eso, Catherine. Yo nunca te he culpado. Me culpo a mí mismo —dijo con ternura.

—¿Por qué? ¿Cómo podría ser culpa tuya?

—Porque cuando descubrí que estabas embarazada de mi bebé, me alegré por una razones equivocadas. Quería que te quedaras embarazada, pero no porque quisiera un bebé, sino porque te quería a ti. Pero cuando he visto por lo que has pasado, me he dado cuenta de lo mucho que yo también quería ese bebé.

—¿Tú me querías? —preguntó Catherine con incredulidad y temerosa de que él hubiera levantado en ella falsas esperanzas.

Estaba segura de que no lo había entendido bien, de que no lo había oído bien.

—Siempre te he querido, siempre te he necesitado. Tú me has cambiado el mundo, Catherine, me has abierto los ojos y me has hecho ver cosas desde tu maravillosa perspectiva. Tú ves lo bueno de la gente. Esta noche, cuando me has dicho que me amabas, yo deseaba decirte lo mismo con todas mis fuerzas, tenerte en mis brazos y llorar contigo por mi bebé.

—Al final has venido —dijo Catherine sonriendo.

—Es demasiado tarde para nosotros, Catherine.

—¡No! No te atrevas a apartarte de mí ahora. Rico. ¿Cómo puedes decir que me amas y que me necesitas y luego decir que es demasiado tarde?

—Por que tú deberías ser amada como te mereces y yo eso no te lo puedo prometer. Mi madre murió joven, mi hermano también. Quizá a mí me pase lo mismo. No te puedo prometer un futuro.

—Rico, en la vida no hay garantías, pero si tú me quieres tanto como yo a ti, no permitiré que te vayas.

—Yo siempre te he querido, Catherine…

Ya no hubo necesidad de más palabras. El amor era suficiente.

Epílogo

REALMENTE no creo que te tengas que preocupar. Ya sé que los niños pequeños pueden tener celos de los bebés, pero Lily es muy lista —le dijo Antonia a Catherine en el porche—. Sí, lo es. De todas formas, nos aseguraremos de que no tenga motivos para sentir celos. Rico, tu padre y yo estamos deseando que se venga unos días con nosotros.

—Todavía tienes que esperar un poco —dijo Catherine.

Saboreaba una fresa en aquella perezosa tarde de sábado con su familia a su lado. Mientras pensaba en los momentos emocionantes que le esperaban.

Intentaba no destrozar aquellos momentos maravillosos con el ánimo pensativo de aquel día.

—Quizá Lily debería probar antes —dijo Rico con un tono casual. La mirada de Catherine se dirigió rápidamente hacia Antonia para observar su reacción ante las palabras de Rico—, Se podía ir con vosotros a vuestra casa esta noche.

—¿De verdad? —exclamó Antonia. Pero no esperó una respuesta. Inmediatamente agarró a Lily en sus brazos y ordenó a Carlos que cargara el coche mientras cubría de besos a su adorada nietecita y Catherine preparaba una bolsa con sus cosas. Metió un par de libros para que, aunque lentamente, se los leyera Carlos, que estaba demostrando una infinita paciencia con Lily.

—Les has alegrado el día —le dijo Catherine a Rico mientras los despedían desde el porche.

—Es lo que tenemos que hacer —dijo Rico—. De todas formas, tengo un verdadero motivo. ¿Te das cuenta de que ésta pueda ser nuestra última noche juntos durante mucho, mucho tiempo?

Tomas por la noche, pañales dijo Catherine—. ¿Estás dispuesto a

hacer todo eso de nuevo?

—Más que dispuesto. ¿Y tú?

Desde luego que lo estaba. Durante un tiempo, miraron al futuro con preocupación. Rico se había hecho multitud de pruebas, pero lo habían afrontado todo juntos. Los malos tiempos se llevaban mejor si se compartían y el alivio de saber que gozaba de una buena salud fue una felicidad tremenda.

—Estoy dispuesta, Rico —dijo apoyando su cabeza en el pecho de Rico.

—Pero hoy no, ¿de acuerdo?

—No, hoy no —respondió Catherine llena de satisfacción.

—Tengo algo para ti —dijo Rico con solemnidad mientras le daba un trozo de papel con manos temblorosas.

—¿Qué es?

—Sé que te va a hacer llorar, pero creo que es algo que deberías tener, algo que creo que deberíamos tener —dijo Rico. Ella miró el papel y sí la hizo llorar.

—Rico, es precioso.

—Le he dado un nombre a una estrella por nuestro bebé. Ese bebé que sí tuvo un propósito. Él nos unió y nos hizo la familia que somos hoy. Ahora lo puedo ver con claridad. Nuestro bebé tenía un propósito.

Era la cosa más bella que él podría haber dicho, lo más bonito que alguien pudiera haber hecho.

Él la agarró de la mano y la dirigió hacia la casa, una casa que ya era un hogar lleno de amor y felicidad y con la esperanza del bebé que llegaría muy pronto.

Catherine supo que era la mujer más afortunada del mundo.

Esa noche era para ellos.